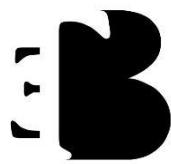
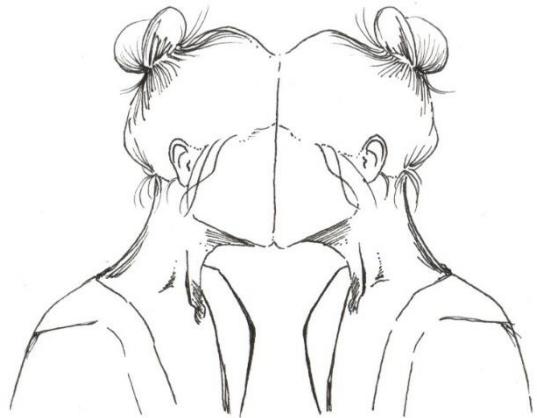
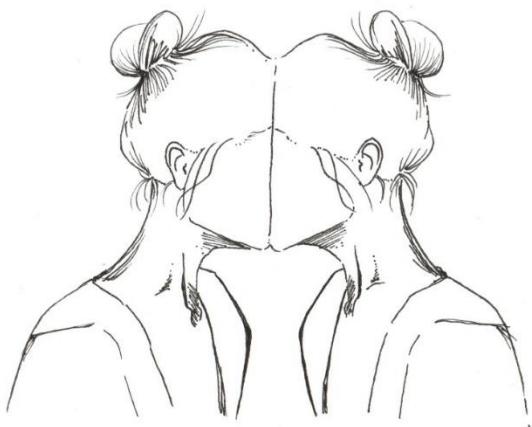


USTED

Sonia Chocrón



El Taller **Blanco**
EDICIONES



USTED

- © De los textos, *Sonia Chocrón*
- © De la presente edición, *El Taller Blanco Ediciones*
- © De la imagen de portada, *Mónica Andrea Rodríguez*
- © De las imágenes internas, *Taller Narrativa Gráfica.*

Impreso en Cali, Colombia, julio de 2021.

Correo: eltallerblancoed@gmail.com

Facebook: El Taller Blanco Ediciones

Twitter: @BlancoTaller

Instagram: @eltallerblanco.e



Usted, de Sonia Chocrón, se distribuye bajo una Licencia Creative Commons AtribuciónNoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.

**SONIA CHOCRÓN
USTED**

*

**COLECCIÓN *COMARCA MÍNIMA*
El Taller Blanco Ediciones**



*Soy
como una semilla enterrada
que no quiere ser
ni planta, ni tierra.*

ANA BLANDIANA
Metamorfosis (Fragmento)

Día 1

Sábado 29 de febrero

Para esquivarme, comienzo este monólogo de viaje.
Yo sigo donde estoy: estacionada en mi rutina sin tiempo.
No me atrevo a interrumpir la parquedad de tu partida. Por eso me escribo a mí.

No ha llovido ni gota.
Llegó el agua a casa.
Tenemos electricidad.
He escrito un poco. Poco.
Mi costilla de Adán maltrecha va doliendo menos sin ti.

Procuro estar bien. Casi lo estoy, si no me preocuparan tanto las noticias sobre la peste que comienza a agobiar a un pedazo del mundo.
Usaré las horas para no pensar. Y armar un libro que dure hasta tu regreso.

Compañero de viaje

El silencio es un buen compañero
de viaje
para esta escalera descendente
que es la vida.
Hace las veces de aire contenido
en los pulmones
huellas de palabras que
nunca se han dicho
escondite de secretos
y calma transitoria.
Sólo el sonido lejano de un tren
que se escapa
como una cometa,
no es ruido intruso ni
fuga accidental.
Es una forma menos íntima
de encontrar otro placer,
otra llegada.

MUELA

No llores por la leche derramada. Lo decía mi madre, que en paz descanse. Pero no lloro por la leche derramada. Ni por el agua derramada, porque no las hay.

Lloro por el pobre chico.

Lo vi por primera vez una tarde, en Sarría. Me habían pasado el dato de un carretero de camiones cisterna, cumplidor y económico. Pero el hombre no tenía teléfono. Así que fui en persona a rogarle un poco agua para poder limpiar los inodoros de mi casa.

Desde que el suministro de la ciudad colapsó, la vida se había transformado en un ir y venir con recipientes vacíos de aquí para allá, de aquí para allá. Incansablemente, colectando agua para sobrevivir.

Todas las mañanas revisábamos las plumas de cada baño para corroborar que el milagro no había llegado. Y salíamos a resolver de la manera que fuera.

Un día de esos lo vi. Estaba junto con otros en el callejón. Podría decir que en un callejón sin salida. Y aunque es una metáfora que le viene al dedillo, no quiero hacer metáforas. Quiero ceñirme a la realidad, como si mis palabras fueran una fotografía.

Literales.

Estaba drogándose en el angostillo, junto con otros chicos más, que, como él, no pasaban de los 15 años. Tal vez siete, una sola niña; y todos mustios como unas plantas jóvenes y marchitas.

“No tenemos agua otra vez” me dijo mi hija. Y salimos a buscar al chofer del camión cisterna en su esquina maldita, la calleja de los niños.

Estaban allí, los niños, observándonos, como si fuéramos animales extraños, de otra raza, ajenos a las jaulas de su propio zoológico.

Cataron a mi hija, de la misma edad. La vieron limpida, inocente, con su uniforme de escuela. Y luego se miraron entre sí. Se percataron de que

estaban sucios, que no asistían a ninguna escuela, que tampoco habían tenido jamás un uniforme color azul. Y, en suma, que eran distintos.

Así que él se me acercó. O se acercó a mi hija, no lo sé.

Supe del miedo.

Sé que temblamos las dos y sin decirlo, quisimos huir sin el agua, sin el camión cisterna. Pero no lo hicimos.

-¿Busca a Fisher?- me preguntó. Y me di cuenta de que su mirada era absoluta. Nos había radiografiado en segundos con los ojos de un anciano vivido.

Asentí.

Fisher se llamaba el chófer del camión. Era un hombre joven, que venía del campo y que había desertado de la vida militar. Me recordaba a mi padre porque usaba una boina de tela y porque tenía los ojos claros, transparentes y nobles.

-Pero Fisher no está. Fue a llenar el tanque de un edificio- remató el niño.

Asentí de nuevo, lista para salir corriendo de regreso a nuestro auto, con mi hija de la mano.

Súbitamente recordé los inodoros. Los platos sucios. La sed y el calor. Porque además era verano, sin agua, y demasiados grados centígrados a la sombra.

-Y ¿cuándo vuelve? - quiso saber mi hija, como si el peligro no fuera su asunto. Como si no estuviéramos solas, en una calle ciega, rodeada de niños de la calle viajando por el espacio sideral.

-Si me regala algo, le mando al alemán a su casa apenas llegue- nos dijo con sus ojos minúsculos y encarnados. Era un ratón famélico.

¿Algo? ¿Qué era algo? ¿Dinero? ¿Droga? ¿Una casa, una escuela, una familia?

-Yo soy Antonio, pero me llaman “Muela” porque como mucho- nos dijo luego. -Y tengo hambre.

Abrí mi monedero y le di un billete mientras mi hija me veía hacer, como todos los otros niños sucios que seguían cada movimiento mío; como si yo fuera una película.

Regresamos al auto, asustadas.

Antonio guardó el billete en el bolsillo de su pantalón desvencijado y sonrió. Regresó con la pandilla a compartir una inyectora. Lo vi por el espejo retrovisor del auto, cuando ya íbamos camino a la avenida, sanas y salvas.

Fisher llegó a las 6 de la tarde. Nos dijo que el Muela había hecho la encomienda y se había asegurado de que parte de su carga nos alcanzara.

No llenamos el aljibe, pero con el surtido, pudimos lavar las ollas, darnos un baño frugal de agua helada y asear la casa.

No era mucho.

Cuatro días después no quedaba nada. Ni una gota. Cuatro días después tampoco recibimos el milagro del agua en nuestra casa.

La vida se trastoca cuando no hay agua. No hay horarios, no hay rutinas. No hay paz.

Pienso ahora que cuando mi entorno está seco, me parezco un poco a Antonio y su pandilla cuando les falta su dosis. Me exaspero, me vuelvo loca. Soy capaz de mendigar, de suplicar, de regresar a la calle donde el peligro es ley para abandonarme a la limosna de Fisher, a la caridad de Fisher y su camión cisterna.

Y lo hago, lo vuelvo a hacer porque estoy desesperada. No llevo a mi hija, quiero salvarla de lo feo. Voy sola esta vez, como una adicta al borde del colapso.

Y Fisher que no está. Que está dormido. Que se emborrachó el día anterior y hoy no sirve para nada.

Sólo Antonio y los otros niños siguen allí, como si el mundo fuera esa calle. Como si ya no existieran otros rincones para guarecerse, como si ellos y los gatos callejeros no tuvieran el valor de escapar de allí.

-Se lo vuelvo a mandar, a Fisher, en cuanto aparezca. ¿A que el otro día llenó su tanque? ¿A que sí? - Dijo Antonio risueño.

-Sí- contesté.

Y luego hicimos silencio los dos. Todos callamos. Los niños, los gatos sin dueño, y yo.

-¿No vas a la escuela?- Le hice esa pregunta estúpida y obvia porque no se me ocurría otra.

-¿Para qué? No sirve de nada.

-¿Cómo que no sirve de nada?

-Voy a pelar gajo joven, esto no es de gratis.

Y me enseñó su antebrazo lleno de puntos de sangre, de pinchazos. De inyectadoras anónimas.

-Entonces déjalo. Deja esa porquería- Y le hablé como una madre. Como una mamá tonta, tan clase media y aterciopelada.

Me miró fijamente como si quisiera inocularme sus certezas.
Los demás críos se rieron de mí. Y Antonio hizo lo propio.

Entonces volví a darle un billete, esta vez a conciencia, a sabiendas de que lo estaba ayudando a matarse.

Esa tarde, no lo tomó agradecido. Me lo arrebató con rabia y se fue corriendo a su esquina, con los otros chicos.

Fisher no apareció ese día. Ni al día siguiente. Ni los días que siguieron.
Esa semana nos duchamos en la casa de familiares cercanos y lejanos y compadres y amigos.

Nos apañamos comiendo y bebiendo en nuestro comedor de lujo, en platos y vasos plásticos, decorados con figurillas de una Barbie playera; remembranza de las antiguas piñatas de mi hija. Y logramos conseguir cinco botellones de agua potable para bajar la cadena de los excusados.

El calor era inclemente. Era otro enemigo igual o mayor que la sequía. Como el colapso de los embalses y la estulticia oficial.

Cuando ya nos daba vergüenza mendigar más agua de los amigos con suerte, no tuve más remedio que volver al callejón. Mi hija se quedó en casa haciendo deberes con Lana del Rey como fondo musical.

Le pagaría a Fisher buen dinero. Ofrecería más que los demás.

Estaba allí con sus ojos verdes, herencia de un lejanísimo pasado teutón. No estaba dormido, no estaba borracho, no había salido a llevar agua a ningún edificio.

Me prometió un camión cisterna repleto para aquella misma tarde. Y me sentí aliviada porque iba a rescatar nuestras vidas por cinco o seis días más.

Con ese pacto sellado, no podía marcharme sin ver a Antonio o a Muela o como se llamara. Sin compadecerme de él nuevamente.

Me acerqué a la calle ciega y los gatos realengos huyeron de mí.

El hedor de la inmundicia y del orín me asaltó como un vago recuerdo de mi propia casa. El sol se incrustó con saña en los techos de zinc del pasadizo, y su brillo inclemente perforó mis ojos durante varios segundos. Caminé encandilada hasta la esquina, divisé la pandilla, las jeringas, y unos perros sarnosos y sus moscas en eterna siesta. Los niños como una madeja entrelazada, sobre la tierra hirviendo, recostados de una pared. Comida vieja y putrefacta regada en la tierra. Granos de arroz verde. Huesos de pollo secos. Envases plásticos llenos de gusanos. El sopor del mediodía sofocándolo todo.

Pero Antonio no estaba allí.

Había sí un chaval nuevo que parecía desnutrido y que imitaba los modos de los otros, era obvio que quería encajar en la cuadrilla.

No fue fácil obtener respuestas. Aquel era el reino de la somnolencia. Era el imperio de los niños dormidos, drogados, sudando.

-_cY Antonio?

Alguien, no sé bien si chico o chica, irguió la cabeza.

-No está- masculló.

-¿Y cuándo viene?

-Si le va a regalar algo, démelo a mí- dijo otro chiquillo medio dormido.

-¿Pero y Antonio?

-No molestes, vieja. El Muela no vuelve más.

Hacía calor. Mucho calor.

Día 8

Domingo 8 de marzo

Hoy has comenzado a irte también de mi memoria y no quiero. Yo sé que pocas cosas resisten a la distancia y el tiempo.
Ni la fantasía puede con tanto. Ni siquiera tú.

Algunos estamos vivos solo por pedazos
A veces han vivido mis manos y te tocaron
A veces ha vivido mi pelvis
Y te acogió
Ahora que no estás, me obligo a incluirte en mi rutina;
vivo para contar lo que vivo:

La hecatombe se acerca inexorablemente y no hay forma de contenerla.
Es una enfermedad inédita que se ceba en los humanos y se contagia tan fácilmente
como los bostezos.
Quiere víctimas. Y quiere también ser dueña del mundo.

Releo un relato de cuando la vida era simple, planeo oficios para la cuarentena que nos han impuesto y que comienza mañana.
Reviso qué puedo rescatar del pasado para este libro. ¿Un poema?
Pronto cumpliré años.

Enciclopedia

Prefiero hablar de las horas y de las tareas.
Ser una mujer que riega rosas.
Que barre las hojas secas
que llegan tercas como el polvo
de los días.
A veces juego Solitario solitaria
A veces tengo miedo, a veces no.
Y salgo a ver la noche desde abajo.

Día 20

Viernes 20 de marzo

Ya tengo un año más. Que es lo mismo que tener un año menos.
No lo he celebrado porque están prohibidas las reuniones mientras la plaga deambula.

He comido un trozo de chocolate para congratularme y ahuyentar melancolías.

Pero la tristeza no se va como el tiempo. No se oculta.
No es la candelilla del pastel de cumpleaños que puedes apagar con un soplo.
Es persistente, menos lábil. Menos discreta que la edad.

No sabemos cuántos muertos van allá afuera. Nunca lo sabremos.

Enciendo las velas de *Shabat* mientras a lo lejos se escuchan gritos indescifrables, pero nadie puede salir a ayudar.

“Bendito eres Tú, Dios, nuestro Señor, Rey del Universo, quien nos santificó con sus preceptos y nos ordenó encender las velas del sagrado *Shabat*”.

Yo rezo al Dios de mis antepasados.
La catástrofe sigue su curso.

ESCUCHA

Hoy

Hay una oración primordial que todo judío medianamente observante reza dos veces al día; al levantarse, desde el momento en que hay suficiente luz diurna como para identificar a un conocido a corta distancia, y al anochecer, con la salida de la primera estrella y hasta el alba.

Además de decirla a diario, también la meldan antes de ir a dormir, la recitan a un bebé varón la noche anterior a su circuncisión, e incluso, la pronuncian en voz baja antes de morir.

Esa plegaria dice literalmente: "Escucha, Israel. Dios es nuestro Señor, Dios es Uno". Por eso el nombre de esta oración es *Shemá* que significa, literalmente, "escucha".

Pero recitar esa súplica es más que sólo pronunciar palabras. Debe ser oída, como también exclamada, desde lo profundo. Esa es la esencia de la palabra *Shemá*: "Escuchen y tomen seriamente".

Por ello, quien reza, debe evitar ser distraído por nada ni nadie a su alrededor. Entonces es preciso cerrar los ojos para aumentar la concentración y sentir la presencia divina.

Durante este rezo, pues, todo judío, invariablemente, tapa sus ojos con una mano de manera que nada pueda interferir con ese instante sagrado.

Aprovechando esta costumbre, es obvio suponer, ocurrió el crimen. Por eso nadie vio nada, porque todos tenían los ojos cerrados en el momento justo en el que el Rabí Aniyar entonaba el *Shemá*.

Se dio cuenta el Señor Benzaquén apenas abrió los ojos después de la plegaria, porque solía ser vecino de asiento del Tiuna -así llamaban a Aarón Bensadón, un compatriota de Casablanca que tenía más facciones de indio que de semita-.

Natán Bensadón, el hijo, yacía en el piso, con sus 40 años lozanos pero inerme.

Pensaron en un principio que era un desmayo y por eso el Señor José Buenavida, que es médico, se apresuró a socorrerlo. Pero el hombre estaba inevitablemente muerto.

Los mosaicos del templo se anegaron entonces de sangre a la misma velocidad del espanto. Y descubrieron que Bensadón había muerto de bala, por la presencia de un agujerito casi perfecto en su nuca, desde donde emanaba el plasma.

Hubieran podido llamar a Samuel Pardo, investigador y jefe de detectives de la Policía Nacional durante más de veinte años cuando la democracia era ley, pero se había exilado en Panamá como casi el ochenta por ciento de la comunidad hebrea del país.

El éxodo de los judíos locales había comenzado justo al día siguiente de que la sinagoga fuera ultrajada con pintas de esvásticas y eslóganes antisemitas por los mismos partidarios del gobierno nacional.

Una semana antes

Natán Bensadón había finiquitado los papeles de su divorcio. Su abogado, Danilo Olivares -un leguleyo eficiente y de dudosa reputación, recomendado por su socio- le había aconsejado deshacerse de sus haberes más turgentes durante un tiempo prudencial, mientras se solventaba la petición de su ex sobre los bienes gananciales.

Era una medida riesgosa y extrema, pero necesaria. Bensadón había meditado grandemente sobre la conveniencia del recurso, primero; sobre el escogido para concretarlo, después. Hasta que finalmente se decidió.

Conforme con la estrategia, salió del despacho de abogados de Olivares en el Centro Ciudad Comercial Tamanaco, con la diligencia hecha y la promesa del letrado: Marisa no lograría sacarle del bolsillo más de lo que él ya había destinado para ella y sus hijos. Dos millones de dólares y el techo. Ni un centavo más, ni un ladrillo más.

Pero Marisa conocía las cuentas, porque quince años de matrimonio sirven, entre otros menesteres, para conocerle los secretos al cónyuge. Y por eso no estaba dispuesta a dejarlo ir, sólo por el uno por ciento de su dinero sumados a dos cuernos enormes y famosos en toda la comunidad judía.

Desde hacía un año no había celebración de boda, o *brit miláh* (1) o *bar mitzva* (2) en donde no fuera ella el meollo de la atención y foco de todos los comentarios. Ni siquiera en los entierros quedaba indemne. Era la cornuda.

De ahí la saña de aquella hembra mal herida que no torcería su brazo ni muerta. No se había convertido en judía para casarse y que le pusieran los cuernos, mucho menos para hacerse apenas de dos escuetos millones de dólares. Por ella y su amor propio magullado, por sus dos hijos, y porque con el país vuelto hilachas, necesitaría mucho más que un par de millones para poder exiliarse en Miami.

Hoy

Pero el muerto era él. Natán, el próspero. Natán el astuto. Natán el socio de un General en funciones del gobierno revolucionario y soberano. Y había muerto silencioso y certero en el preciso momento de orar el *Shemá* en la sinagoga.

Así que gracias precisamente a los buenos oficios del General Vicente Acosta Leal, mancuerna de negocios del muerto, la comunidad judía pudo evitar que la nefasta Policía Nacional, y sus detectives, tuvieran entrada en el santuario y esculcaran los detalles de la deliberada muerte del Señor Natán Bensadón, miembro activo y gran benefactor de la congregación.

Desde que era muy rico, el difunto donaba ingentes sumas a la comunidad. Era su forma de agradecer al Todopoderoso por su buena fortuna. Por eso en los años recientes, el templo se había despojado, gracias a él, de la mugre del tiempo, de áreas condenadas por filtraciones mohosas, de recovecos percudidos y abandonados, de lámparas inútiles, tinieblas tétricas, y de los mendigos apostados impasibles en la portería. En fin, que se había limpiado todo lo feo de un edificio antiguo en una ciudad tomada por el miedo, por la desidia y por el discurso del comunismo.

Sobre la fortuna del difunto se tejían mitos diversos, pero casi todo mundo coincidía en que se la debía a su sociedad con el General de marras. Les contabilizaban cinco o seis casas de envite y azar ilegales, con fachada de bingos, "vende y paga" de carreras de caballos, loterías y salones de billar. Otros los señalaban como perros de la guerra, proveedores de alimentos

vencidos o importadores de chatarra industrial. Lo único cierto, en todo caso, era que Natán tenía dinero. Suficiente. Más que suficiente. Obsceno.

Un día después

Como manda la ley judía y para no regodearse en la muerte, debían enterrarlo lo antes posible, y que volviera a la tierra, como estaba escrito en la ley mosaica. Apenas doce horas después de velarlo.

En la casa destinada a esas ceremonias tristes, en una callejuela ruinosa y ceñida de Las Palmas, las gentes se aglutinaban desde la entrada, hasta casi dos cuadras a la redonda. Y a pesar de que llovía a cántaros, nadie abandonaba. El panorama de una fila de paraguas multicolores traicionaba la presencia solemne del gran rabino principal; el pesar del Rabino suplente, David Aniyar, el luto del *minián* (3) con sus casacas oscuras; el dolor de la madre de Bensadón, envuelta en un sayo más negro que el negro; la discreción de los dirigentes comunitarios y el duelo de su propia viuda que lloraba con más estridencia que la del diluvio y los truenos que ya caían sobre toda Caracas.

Seguían llegando autos y gentes y pobres desdentados y sucios llenos de esperanza porque la calle estaba repleta de almas caritativas y bien vestidas.

Y Marisa en su papel de viuda pobre sin serlo, y el General en su papel de compadre sin serlo; y su abogado, en el papel de letrado de confianza sin serlo. Y su buena madre, la única que era cierta y que gemía en silencio y que quería morirse, secretamente, junto con su hijo, apenas tuviera el chance.

Esa mañana fueron dos velas encendidas dentro del recinto, y el cajón en el piso, cubierto con el trapo negro de todos los muertos y su estrella de David al centro, y los sabios orando sin hacer ruido.

Finalmente, los hombres tomaron en hombros la urna sencilla cubierta por el lienzo oscuro, y la colocaron dentro de la cajuela del auto de la funeraria para partir al cementerio, mientras la lluvia los mojaba espontánea y sin clemencia; y los pobres de solemnidad de aquel barrio envilecido los veía hacer con sus ojos grandes y hambrientos, desde debajo de las viejas cornisas.

Y un solo llanto palmario se hizo inevitable, el de la anciana y santa madre del cadáver.

Quince días antes

Todo el mundo sabía que había medrado del Estado, porque casi todos los ricos nuevos habían medrado del Estado. Y aunque no fuera cierto, daba igual: verlo moverse con su enorme humanidad de 150 kilos y su apnea terca, por la ciudad más fea y violenta de la América, en auto blindado, con cuatro guardaespaldas armados y ceñudos, y camuflando su corpulencia detrás de ventanillas opacas, era suficiente para imaginarlo.

Sólo en el espacio sagrado de Dios, Natán se sentía a salvo de la voracidad ajena. Solitario y cobijado por la infinitud del Todopoderoso, dentro del templo, a la luz de las plegarias, delante de *Hashem* (4), estaba libre de quienes esperaban algo de él.

Porque siempre había alguien que quisiera algo de él. Un favor. Una limosna. Una ayuda. Un contacto, una oportunidad. Un negocio. Un soborno.

Venderle una amante.

Una amante. Por quien Marisa no estaba dispuesta a sacrificar su parte. Y por eso el equilibrio de su existencia estaba en juego. El fino balance entre el bien y el mal en la vida de Natán Bensadón, se había malogrado. Si no actuaba pronto, el árbol de las vilezas terminaría por marchitar al de los justos.

Tres días antes

Sí, debe haber sido tres días antes. A lo sumo cuatro, cuando el abogado le telefoneó a Natán para darle la buena noticia: el procedimiento estaba listo. Ya no era dueño de ninguno de sus bienes porque lo había traspasado todo mientras los abogados de Marisa intentaban probarle al juez que el hombre era rico, riquísimo. Pero ante la autoridad, ahora Natán aparecería más pobre que su propio abuelo cuando llegó de Casablanca con un solo zaragüel zurcido y el sueño de “hacer la América”. Precisamente por eso Danilo decidió pedirle al hebreo un aumento de honorarios por diligencias tan delicadas, pero el difunto se negó. El leguleyo le recordó el número de veces que había fungido de mamparita

para camuflarle sus dineros. Le hizo amenazas veladas, presionó con elegancia y le resumió sus prestezas vitales en una lista imaginaria.

Pero con todo, el muerto, que para entonces aún vivía, se negó.

-Te he pagado suficiente, Danilo- finiquitó.

Dos días antes

Natán estaba preocupado, se le estaba enredando el destino. Se fue rumbo al este de la ciudad con su chofer, y sin guardaespaldas, a beberse unas cervezas frías en una de las tascas que aún sobrevivían en la zona, a pesar de la basura añeja, a pesar de los matones, y los secuestradores, y de los rateros de poca monta y los de mucha.

Apenas apearse de la camioneta blindada, dos perros desnutridos y sarnosos se le acercaron para olerlo. Lo auscultaron de arriba a abajo, le lamieron un poco el pantalón italiano de paño azul profundo como la noche, y partieron aullando con una tristeza más humana que canina. Lo sé porque él mismo me lo contó como un mal presagio. Y lo fue.

En la barra sencilla y escueta de aquella tasa venida a menos, y a la luz de una birra espumosa y un cuenco de maní, tuvo una revelación maldita: su vida ya no era su vida. Su abogado lo sobornaba. Su socio lo estaba timando. Sus amigos querían su dinero mucho más que a él mismo. La madre de sus hijos quería dejarlo. Y cada vez se alejaba más de los suyos. En suma: su vida ya no era su vida. Y todo por el amor de una mujer. Por el amor de otra mujer, que no era su esposa. Sino yo.

Aunque las epifanías no fueran una facultad judía, él acababa de vivir una: tenía que poner fin a sus desgracias. Así me dijo.

Diez días antes

También el General. También el General; también Vicente, su socio, le escamoteaba ganancias, le hacía trucos, le decía mentiras. También él quería más. Y lo quería todo.

Se lo dijo con todas sus letras, que lo sabía, que lo estaba traicionando; le gritó que lo iba a joder –le gritó- el muy imbécil, como si el otro no fuera

un General, como si el otro no tuviera la fuerza de su codicia, y las armas y las ganas. Y matones a discreción.

Un mes después

Los sacerdotes hebreos, cuando leen el Talmud y la Torá, y sus otros libros santos, aprenden a pensar. Yo los he visto, con el Rabí Aniyar a la cabeza, empecinados en comprenderlo todo, en la sala de estudio de la planta baja de la sinagoga. Pasan horas y horas allí, rodeados de libros, discutiendo. Descifran lo que dice la ley judía precisamente en las líneas que no están escritas. En las deducciones, en las preguntas imposibles, en los alegatos de otros sabios, en el sonido de las palabras. Y aunque no entiendo ni iota, sé que es importante lo que desmadejan, por el tono de sus voces y porque a veces dejan colar pequeñas e increíbles conclusiones.

El Rabino Aniyar, desde hace días, se la pasa estudiando el caso del homicidio de Bensadón como si fuera un detective. Con parsimonia, meditabundo, enfundado en su traje gris, su *kipá* (5) tejida y su barba oscura.

Y aunque dice que no tiene hipótesis alguna, está seguro de que no todo buen judío cierra los ojos a la hora del *Shemá*. De ser así, dice, alguien puede haber visto algo. Mejor aún, de ser así, dice, alguien puede haber visto todo.

Desde siempre, sabía Aniyar, el cortejo entre un hombre y una mujer era más imperativo, a veces, que las propias leyes de Dios. Por eso insistía en dibujar esa tarde al detalle.

Lo vi dedicarse a telefonear durante horas, a todos los hombres que estuvieron aquel día en el templo. Lo escuché indagar cuántas mujeres, desde el piso de arriba, seguían el servicio de esa tarde. Pasé en limpio la lista de nombres de los varones y las hembras que estuvieron presentes y se la entregué. No eran muchos, claro está, mermada como estaba la colonia hebrea, mermada como estaba la ciudad infierno, y muy en especial, el barrio decrepito en donde estaba ubicada la sinagoga.

Y aunque no lo comentó en el despacho con el rabino principal, sé que después de sus pesquisas, dio con una parejita enamorada que se hizo ojos

a la distancia y en contra de la ley, desde la planta baja donde rezaba él, hasta el primer piso, donde rezaba ella. (6)

Un mes y cinco días después

No querían escándalos. Tampoco hubiera sido posible una autopsia porque la ley hebraica lo prohibía. La situación política era delicada y preferían no llamar la atención. Así que el asesinato de Bensadón dentro de la sinagoga transcurrió invisible para las autoridades oficiales.

Me despidieron luego sin hacer ruido y contrataron a una judía sefardita, viuda y pobre, para que ocupara mi lugar como secretaria del rabino principal.

Me daba igual: pensaba retirarme en breve.

Dos meses antes

Qué bien se estaba en el hotel de la Plaza Morelos. Había dejado de ser cinco estrellas desde hacía años, cuando la revolución lo tomó para sus fines inútiles. Y aunque la calle donde se ubicaba olía a miseria y estaba atestada de delincuentes con camisas rojas gritando consignas ininteligibles, el lugar había terminado siendo nuestro oasis.

A nosotros nos trataban como dioses, porque Natán era rico, por supuesto, y porque el General mandaba en todas partes.

A veces nos quedábamos los fines de semana. Yo estrenaba negligé e hilo dental. A veces unos zapatos de tacón, a veces solamente una joya de oro sobre mi cuerpo desnudo. Y pasábamos el día haciendo el amor.

Por la zona se iba la luz, en ocasiones tampoco llegaba el agua, y había chiripas en los lavabos. Pero en ese hotel mustio nos queríamos libremente.

Él se volvía loco con mis senos inflados -los había pagado gustoso un año atrás- me los mordía, los besaba, los lamía con fruición; y yo me volvía loca con sus dedos habilidosos.

Por qué no decirlo: lo admito, alguna vez me gustó Natán Bensadón. El dinero seduce. El poder seduce. No son frases hechas. Lo certifico, lo padecí todo.

Pero cuando me enteré de que iba a dejarme para volver con su esposa no tuve dudas.

Un mes y cuatro días después

David Kassab se lo juró al rabino Aniyar: había visto a una mujer acercarse a Bensadón mientras rezaban el *Shemá*. El chico, por supuesto -y se excusó por ello- no había cerrado bien los ojos porque la adolescente que le gustaba estaba arriba, esperando sus señas, con un beso a la distancia y una promesa inmaterial.

Y no supo más. Sólo que le pareció ver que la secretaria del rabino principal, Yoana, era quien se le acercaba al señor Bensadón por la espalda, y le susurraba algo al oído.

Lo que vino después no pudo verlo David porque él -y sus catorce años llenos de deseo y hormonas- se escurrió hasta una de las salas de estudio del sótano para besar a la chica. Cobijados en la cálida penumbra de un primer revolcón.

Treinta y seis días después

Treinta y seis días después de la muerte de Natán Bensadón, el rabino David Aniyar ya sabía quién lo había matado y por qué.

No iría a denunciar en la policía al asesino del benefactor de su sinagoga. Tampoco notificaría el caso por persona interpuesta. Ni siquiera lo comentaría con el rabino principal.

Se quedaría quieto, ayudando como siempre en el servicio de la mañana y en el de la tarde. Seguiría preparando a los chicos para sus *bar mitzvot*, y no dejaría, ni un solo día, de conducir el estudio sagrado de la *Torá*.

Sólo iba a rezar, todo lo que cabía rezar. Y a esperar a que *Hashem* se ocupara de lo que Bensadón, bendita fuera su memoria, había previsto para deshacerse del mal.

Seis meses después

Fue un escándalo mediático, a pesar de la censura oficial. Rodó por las redes nacionales. Y desde Aruba, se hizo viral al resto del mundo.

“General venezolano detenido por la DEA junto a su amante por gigantesco cargamento de drogas en avión de su propiedad”.

Natán Bensadón, había rectificado con la soga al cuello y le había traspasado a su madre y a su mujer el dinero *kosher* (7). Bienes pulcros, sin mácula y sin rastro.

Las cuentas oscuras, en cambio, más tres autos blindados, el último cargamento y dos yates y un avión, fueron a parar a manos de Yoana, la ex secretaria del rabino principal de la sinagoga, la amante de los senos abombados y los fines de semana en el hotel de la Plaza Morelos. A sus manos y a las manos de su General, gracias a un divorcio que nunca existió entre Bensadón y su mujer.

Apenas una operación de limpieza de closet.

-Que Dios te lo multiplique en salud y alegrías- le agradeció Rab Aniyar a Marisa por el donativo que acababa de entregar a la sinagoga.

Era una suma considerable que les serviría para dar de comer, al menos durante un año, a todas aquellas familias judías que aún vivían en el país y se encontraban en situación de pobreza abismal.

Con ello, Marisa quería honrar la memoria de su difunto esposo, Natán Bensadón, antes de emigrar con sus hijos y su suegra -de luto cerrado- a los Estados Unidos.

1. Circuncisión
2. Ceremonia de mayoría de edad del varón judío a los 13 años
3. Es el cuórum mínimo de diez hombres judíos adultos (entiéndase mayores de 13 años) requerido según el judaísmo para la realización de ciertos rituales como un entierro.
4. Traducido literalmente significa: el Nombre. Vocablo que se usa en sustitución del nombre de Dios. Decir “El Nombre” equivale a decir Dios sin pronunciar el sagrado nombre de Él.
5. Sombbrero circular, sin ala, que cubre solamente la coronilla, usado por los hombres judíos
6. En los templos judíos, los hombres y las mujeres rezan separadamente.
7. *Kosher* es el vocablo que designa aquellos alimentos que cumplen con los preceptos de la ley judaica. *Kosher* significa en hebreo 'apto, adecuado' para su consumo. Pero se aplica figurativamente con el significado de 'correcto, legítimo' a cualquier tipo de transacción.

Día 25
Miércoles 25 de marzo

El claustro continúa.
Nadie sale, nadie entra.
Mucho menos el amor.

Cuarentena

Lo mejor de un confinamiento es el velo
que borra el exceso de realidad
Una lectura una esquina
sin salvoconductos
Las ventanas como ojos abiertos
Las puertas como ojos cerrados
Y la esperanza de un día final
Así le abrimos las entrañas
a la fe
A la convicción de que hay alguien enorme
que nos mira con piedad
Y que nos sacará por la puerta del infierno
para que volvamos
sanos y salvos
a un infierno mejor.

EN EL NOMBRE DEL PADRE

Volvieron del entierro con la sensación de un alivio inesperado. Los últimos meses de su padre habían sido una pesadilla entre las visitas de emergencia al hospital, la procura de medicamentos desaparecidos del estrecho mercado subsistente, y las colectas de dinero para comprar lo poco que se conseguía para alimentarlo. Y, en suma, que un país en la ruina y un padre moribundo, al mismo tiempo, eran dos tareas imposibles de sortear al unísono con éxito.

Así que mientras afuera todo se caía a pedazos, la muerte de Gerardo Frontado era un alivio. Incluso para el país mismo.

No recibieron visitas de condolencia ni pautaron misas en su nombre. Era cruel, dadas las circunstancias, complicarle la vida a allegados y amigos con algún compromiso adicional que implicara movilizarse, o trasladarse de una ciudad a otra, o gastar en pasajes el dinero en efectivo que escaseaba más que la comida, ya prácticamente invisible, y, en resumen, que era despiadado esperar otra cosa que no fuera la mera condolencia tácita de todos los parientes vivos.

Para la endometriosis se recomienda una exploración abdominal, en ciertos casos una laparoscopia exploratoria e incluso, en casos álgidos, una resonancia magnética de la pelvis.

La cirugía está indicada para mitigar los problemas de infertilidad en mujeres en edad reproductiva.

En la casa, la única hija de Gerardo Frontado, en compañía de su hermana, comenzaron a hacer barrido y mesa limpia una semana después de su partida al otro mundo.

Donaron los medicamentos que ya él no usaría, los pañales para adultos, los suplementos alimenticios y hasta las pijamas sin estrenar que les mandó una prima lejana desde su exilio en Madrid.

Luego de eso, dispusieron en el calendario de una fecha común para reunirse nuevamente a rematar todo lo que quedaba del anciano: sus trastos viejos arrumados en el maletero, su biblioteca médica, sus archivos, las historias de sus pacientes embaladas en cajas desde que se jubiló, sus recuerdos. Repartirían fotos y correspondencias y finalmente, pondrían en venta el departamento de Las Palmas, donde el viejo había hecho vida durante los últimos 20 años.

El vecindario lamentaba su muerte. Se había convertido en un hábito amable por los predios de la urbanización. Siempre tenía una sonrisa, un “buenos días”, una golosina para los niños, un diagnóstico para los hipocondríacos, una palabra de aliento para los afligidos, una fruta para los muertos de hambre.

Pero el tiempo era implacable: noventa años ya eran demasiados para aquel cuerpo agotado.

Nada que reclamar: Gerardo Frontado había tenido una buena vida. Se había graduado de médico cuando el país era un país, se había especializado con éxito en ginecología y obstetricia; había ejercido con pericia, devoción y fama, se había casado con una bella mujer que lo amaba con auténtico frenesí y era su cómplice en todo, como enfermera y esposa, (Marlene, que desafortunadamente se había marchado de este mundo años antes que él), había tenido a Micaela, una hija cálida y querendona, y había sido testigo de casi un siglo de historia, con los sentidos abiertos, afilados y lúcidos.

Casi un siglo de vida, no era poca cosa.

El síndrome del ovario poliquístico está ligado a cambios en los niveles hormonales que le dificultan a los ovarios la liberación de óvulos maduros. Las razones para estos cambios no son claras, pero usualmente se detectan en las mujeres entre 20 y 30 años, aunque en casos excepcionales, también se ha diagnosticado el síndrome en niñas.

Pero ahora, el Doctor Frontado estaba muerto y enterrado, junto con su amor. Y su hija tenía prisa en finiquitar los pendientes del padre difunto.

La tía era otra cosa más complicada: siempre tenía compromisos, jaquecas, citas médicas, mascotas enfermas e itinerarios inflexibles. Por eso era imprescindible no perderse el día que habían pautado las dos para repartirse lo que cada quien quería conservar.

Y ese día llegó, invariablemente como llega todo.

Y el martes 4 de marzo a las tres de la tarde, Micaela y la hermana de su papá, Clara Rosa Frontado, coincidieron por fin en el edificio La Perla, en el piso 7, en la habitación que servía de estudio y biblioteca a Gerardo, con los vestigios de lo que había sido su vida.

Volúmenes de libros de medicina. Muchos. Muy gruesos. Muy empolvados. Muy amarillentos. Fotos de graduaciones de distintas generaciones de universitarios, diapositivas de viajes alrededor del mundo, varios juegos de dominó, antiguos paquetes de naipes de la baraja española y francesa envueltos todavía en celofán y sin estrenar, retratos de él y su amada Marlene en distintas épocas, correspondencia, cartas que se cursaban entre él y su mujer, estando incluso bajo el mismo techo.

Y un cofrecito de cristal de bohemia, ridículamente excesivo, muy tallado, brillante, frío y anguloso, con retazos de joyas de mujer.

Una cadena de oro con su placa grabada con el nombre de Eloísa. Un anillo diminuto, grabado con las iniciales RB, un aro de matrimonio con cuatro iniciales y una fecha estampada, un dije de platino en forma de pez y unos zarcillos de perla. Otras minucias de menor importancia. Cadenas rotas, monturas sin piedras, broches y anillos abollados.

No reconocía Micaela ninguna de aquellas prendas. No las había usado su madre porque lo habría recordado. Ni su abuela paterna tampoco, según le aseguró la tía Clara Rosa. Así que debían ser un tesorito antiguo, mucho más antiguo que los 90 años de su padre y los ochenta de su mamá.

Pero ocurrió entonces un evento pequeño e insignificante, simple y sin importancia que accionó las obsesiones de Micaela. La tía Clara Rosa

encontró, detrás de uno de los retratos vetustos, el recorte de un periódico viejo, de los tardíos años sesenta, que daba cuenta de la muerte de una mujer llamada Eloísa, en los alrededores de San Bernardino.

En realidad, la noticia era la aparición del cadáver de la mujer, no su muerte.

A Clara Rosa le pareció una casualidad. A Micaela se le convirtió en una serendipia. Eloísa se llamaba la muerta. Eloísa decía la medalla de oro del cofre.

Y ya no pudo dormir.

Que la habían asesinado, decía el periódico. Que después de asfixiarla, le habían extraído los pechos, los ovarios y el útero, con la precisión de un cirujano, de acuerdo a las primeras notas forenses luego de que encontraran el cuerpo.

Y ya no pudo dormir, imaginándose el baño de sangre, la desgracia, la carne abierta, y, en suma, todo lo que le causaba horror, desde que tenía conciencia, sobre la vulnerabilidad del cuerpo humano. De su inevitable labilidad.

Esa noche soñó con la tal Eloísa y revivió dormida cómo le tasajeaban los senos a la muerta, cómo le abrían el abdomen, y cómo un bisturí señero picoteaba ligamentos, músculos, grasa y piel para extraer el cuenco donde las mujeres anidan a los niños.

Ella no había tenido hijos. No porque no hubiera podido; nunca lo quiso. Y eso que había estado casada una vez.

Pero ser madre no era para ella, tan libre, tan independiente, tan viajera, Micaela. Tan solitaria.

Vio cómo dejaban después al cadáver de Eloísa Durán, en un contenedor de basura, por los alrededores del Centro Médico de Caracas, mutilada y mustia como una vieja muñeca de trapo.

En Japón se celebra un certamen anual, para escoger a la mujer con los senos más perfectos.

“*Bioppai*”, que significa literalmente “tetas hermosas”, es parte de las grandes obsesiones niponas en cuanto a la belleza femenina.

Una de las más famosas reinas de este concurso, Ryoko Nakaoka, aseguró en una entrevista, que dedicó mucho tiempo durante su infancia a nadar y jugar al ping pong, por lo que temía no poder ganar la competencia si la piel de su zona mamaria era demasiado robusta.

Marlene, la mamá de Micaela, en cambio, decía siempre que habría querido una casa llena de niños. Pero no pudo ser.

Contaba que una endometriosis precoz y señera le había impedido darle hermanos a Micaela. Muy a su pesar. Pero que su naturaleza real era estar rodeada de niños, amamantar, parir, acurrucar, proteger y mimar pequeñas criaturas.

Se había conformado -no le quedaba otro remedio- con Micaela. Y con una vida ordenada junto a su marido.

Cuando Micaela despertó de su pesadilla, la inquietud seguía intacta.

Por eso se fue a la Biblioteca Nacional a repasar las noticias de los años sesenta, en la ciudad de su infancia. En el país de sus antepasados, ese que ahora era un remedo de patria, sin alimentos, sin medicinas, sin automóviles, sin pan, sin esperanzas, sin panorama, sin horizonte y sin padres.

A estas alturas de su vida, conservaba pocas memorias sobre lo que había sido su niñez. Recordaba la escuela, alguna que otra maestra, su mejor amiguita, un quesillo maravilloso que su madre solía preparar... y no mucho más. Sus diez años eran como una película de la que sólo le sonaban trozos, algunas escenas nada más.

En la hemeroteca encontró la noticia del homicidio horroroso de Eloísa Durán, embarazada de 8 meses y vaciada antes de morir. Nunca resuelto. Y el crimen de Renata Bolívar, tasajeada como la primera: pechos, útero, ovarios y una oreja. Y dos o tres mujeres más, también con la femineidad desmembrada, también olvidadas, también asesinadas, mutiladas y

también sin justicia. Una de ellas, probablemente la dueña de la alianza matrimonial del cofre de cristal.

Era obvio que un asesino en serie las había quitado del camino, pero nunca pagó por sus crímenes. El caso continuaba abierto y olvidado. Y si se le mencionaba, era apenas como una curiosidad antropológica o como una deuda de la Policía Nacional.

Un periódico lo recordaba así:

“¿Quién mató a esas mujeres? ¿Qué rito satánico cercenó a esas víctimas?”

Desconocer la identidad de un asesino o asesinos de aquella calaña, y su impunidad, eran el signo de un país en la desidia.

La verdad era un lujo, pensó.

Y la pregunta clave se le escapó en voz alta, dentro del propio recinto silencioso:

-*c*Por qué mi papá conservaba las prendas de aquellas víctimas?

Dos empleadas de uniforme que deambulaban por la hemeroteca voltearon a mirarla. Fue entonces que Micaela se dio cuenta de que hablaba sola y en voz alta. Como si estuviera loca.

No le cabía duda, no era mera coincidencia. Eran los haberres de las mujeres asesinadas. Y su papá, era obvio, había sido el autor.

Esa noche tuvo que tomarse un alprazolam para poder dormir.

Pero no tuvo descanso.

En su sueño, ayudaba a alguien a quitarle la cadena de oro a Eloísa. Y el anillo *chevalier* con las iniciales de Renata Bolívar, del propio dedo meñique de la pobre difunta desnuda.

Y así, sucesivamente, se vio a sí misma con escasos nueve o diez años, tal vez menos, retirando prendas de los cadáveres de varias mujeres.

Hembras deshabitadas.

Todo lo demás era sangre. Santo cielo, sangre y vísceras.

Lo vio en su sueño como en un álbum de fotografías. Lo vio en su sueño como si fuera una evocación y no un sueño.

¿Era un recuerdo?

Pensarlo le dio escalofríos.

Tuvo que apartar por un momento su taza de café con leche para no derramársela encima; había comenzado a temblar de pies a cabeza.

¿Podía ser una evocación y no un mal sueño?

No, no podía ser.

Su padre no era un asesino. Era un médico. Era un obstetra que traía vidas al mundo.

¿Pero y si lo hubiera sido?

Fue sola al apartamento de Las Palmas. Fue a rescatar de la basura todo lo que ella y su tía Clara Rosa habían descartado. Algunas facturas, algunos recibos, y cartas. La correspondencia de su papá. La de su mamá. No había querido escudriñarla por respeto a la memoria de ambos, a la intimidad de ellos. Por no saber lo innecesario.

Pero ahora no había más remedio. Clara Rosa había destapado una cañería.

Rogaba que aún la conserje no hubiera sacado a la calle el *container* del edificio. Rogaba que el camión de la basura no hubiera pasado, que estuviera accidentado y sin repuestos como casi todo el resto del transporte local.

En resumen, rogaba que por primera vez la ruina de su país le sirviera para algo.

Y así fue.

A pesar de que eran las diez de la mañana, el camión del aseo urbano no había pasado por los desechos (ni pasaría en semanas porque ya no quedaban unidades operativas).

Registró el contenedor de todo el edificio, como si fuera uno de tantos pobres ciudadanos hambrientos que buscaban algo de comida hurgando en la basura. Y al final, inmersa en la carroña de las residencias La Perla, logró recuperar el hatillo con los papeles que habían desechado ella y su tía.

Micaela subió las escaleras a zancadas hasta el departamento. Se cruzó con la conserje que estaba trapeando en el segundo piso y siguió hasta llegar jadeando al piso siete. Cincuenta y tantos años aún no la vencían.

Ese día no había luz y, por tanto, tampoco elevador. Ese día, como tantos otros, la electricidad de medio país había colapsado.

El pavor le daba adrenalina, pulmones, fuerza para escalar siete pisos sin descanso. El miedo era un acelerador.

Necesitaba soledad y silencio para adivinar lo que pudiera. Para leer lo que pudiera. Aunque fueran aquellas pocas misivas, ahora llenas de la inmundicia de la basura.

Ya no era una hija. Era una detective llena de ira.

Y se instaló en el que fue el despacho de su papá.

La asaltó la estampa de un pezón rosado como un botón infantil. Un pezón fuera de su hábitat, fuera de contexto. Un pezón solo en un frasco de mayonesa. Recordó los colores de un útero, de distintos ovarios, los pliegues disímiles de las vaginas.

Dios. Dios.

¿Qué estaba recordando?

No estaba recordando nada. Tan sólo se estaba terminando de volver loca.

Sugestión. Se llamaba sugestión, se repetía a sí misma.

Era la soledad de su vida y cinco gatos. Era la menopausia que volvía para jugarle trampas. Era esa manía obsesivo-compulsiva que la atacaba de nuevo muy a pesar de la paroxetina y que la hacía temer cosas terribles e inimaginables. Era el pánico al cuerpo humano.

Eran los delirios de toda la vida, los de sus pesadillas y el terror nocturno de cuando era niña. Era su forma de castigar a aquellos padres tan ausentes, tan en lo suyo. Tan en su juego.

Era, en suma, sus ganas de culpar a su padre, a su madre, de su abandono. Era el terror de parecerse a la tía Clara Rosa y a sus gatos lerdos. O a su madre adoptiva y sus maldades inconfesables.

Esas cartas sólo decían *lo hice por ti*.

Ese útero es como una masa roja y carnosa. Una esponja flexible.

Dos pezones. Glándulas mamarias.

Tres ovarios. No cuatro, ni dos. Tres.

Amarillos, sanos. Tres ovarios ovalados y pulcros.

Un ovario poliquístico como una espuma submarina.

Esas cartas sólo decían *no podía permitírtelo*.

En el congelador del área de servicio había montones de frascos de mayonesa.

En el congelador del sótano había frascos de vidrio y vaginas. Frascos de vidrio y trompas de Falopio. Frascos de vidrio y pezones. Frascos y ovarios.

Eran epístolas donde incluían a Micaela como recolectora.

La correspondencia de dos que peleaban y se reconciliaban.

En el sótano de su casa de infancia encontraron pedazos de las mujeres muertas.

Las enemigas de su mamá.

Las enemigas de su papá, que lo tentaban tanto.

Alguna que fue su madre.

Día 28
Sábado 28 de marzo

Tan solo por dejar constancia de mis días de clausura
mientras escribo relatos, hago anotaciones.

Esta no es ficción:

El mundo se ha aislado hasta del mar. Hay dragones por todas partes,
como en los mapas antiguos.

Aquí nada sabemos.

Pienso

qué lástima que la orden de reclusión no me tocara contigo.

Pero no estás.

El destino es un azar impenitente
que adora
joder.

Lo supe desde hace mucho, cuando vi con mis ojos lo que narro en el
cuento que sigue.

El destino es una trampa.

CAJA DE MUÑECAS

Plano Secuencia

Una carretera del interior. Un camino de tierra sin asfaltar sobre el cual el sol se tiende con fuerza cada mañana. Una ranchería miserable y el día acostado encima de techos de zinc. La luz forma constelaciones siderales y luminosas sobre el metal. El brillo contrasta con los cuerpos de varios cochinos desollados que penden de garfios de metal corroído desde el alero del techo radiante. Intercaladas, tres manos de cambures manzanos. A las siete de la mañana son pocos los autos que se detienen a comprar cerdo. De una de las favelas sale una niña que es la misma única niña que todas las mañanas revolotea alrededor de la madre que vende las carnes de animal.

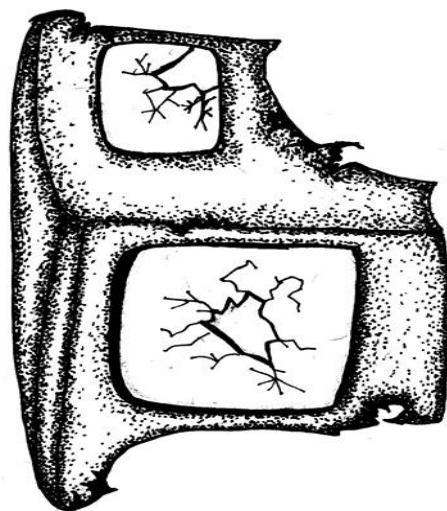
Es una criatura de seis años que sueña desde que tiene cuatro que alberga en sus brazos una muñeca vestida de tules fruncidos que viene en una caja grande y laqueada en rosa con letras gruesas que prodigan, más que el nombre del objeto, su cualidad fantástica. *"Betty la de los ojos tornasoles"*. La ha visto en la televisión.

Entonces ocurre que pasa un auto mañanero conducido por un joven guapo y su copiloto. Y los dos parecen provenir de un cuento de hadas de aquellos que antes gustaban tantos a las niñas soñadoras. Como dos caballeros del Rey Arturo en alazán de plata cabalgando. Entre los dos hay una complicidad. El piloto fornido rememora con su amigo detalles de la fornicación de la noche anterior: ella era curva y redonda y sus senos querían explotar por momentos. Las orejas de ella no son sutiles. Dentro cabe la lengua de él y algunas cosas más. Ninguno de los orificios de ella es inocente. El piloto los ha recorrido todos con la glotonería del cachorro que todo lo reconoce con su lengua. Ella no ha dejado nada para la segunda vez, ni siquiera la posibilidad del melado de manzana roja que se derrama desde su ombligo, siguiendo un camino irreal, hasta las comisuras de los labios, haciendo caso certero de las leyes de la gravedad. Piloto y copiloto saborean aún el recuerdo del jugo dulzón de la hembra. Y es un coche plateado más plateado que el zinc de los techos de los ranchos y como si el conductor hubiera soñado repentina lo que la niña sueña, avienta desde la ventanilla una caja grande de cartón rosado cuyo frente está hecho de un papel celofán transparente y prístino. Y esa caja

de un metro es casi la misma que la niña sueña y las esquinas de cartón rosa nacarado van a dar al medio de la carretera de polvo y brizna y sol recién horneado y la niña que cree en los sueños que se hacen realidad, se abalanza tan súbitamente al medio de la carretera a tomar la caja donde seguramente estará la muñeca de sus deseos, que la madre desprevenida no atina a retenerla por uno de sus brazos enclenques y la niña toma la caja en el momento en que un camión de mudanzas se despilfarra carretera abajo en una prisa febril y la niña y la caja quedan bajo las cuatro llantas regordetas; arrugadas niña y caja, inservibles, unánimes.

El piloto se ha deshecho de un fetiche. O, mejor dicho, del rastro del fetiche. Y la niña soñadora acaba de morir abrazando una caja vacía porque la muñeca de sus sueños yace en realidad en cualquier habitación junto a la hembra que ha apaleado el amor del goloso caballero la noche anterior.

No sabemos si el conductor ha tenido la intención de timar a una niña que revolotea alrededor de los colgajos de cochino, más tangibles y compactos que el suyo propio a esta hora, cuando faltan tres minutos para las siete de la mañana. No se sabe si en realidad los ojos de la muñeca son tornasoles como no sea por las letras de la caja que sobreviven al vacío y si acaso no son tornasoles todos los ojos de las niñas soñadoras. No sabemos.



Día 33
Sábado 2 de abril

Para sobrevivir a la vileza
Al aislamiento
Al hueco
del virus que vuela rampante por todos lados
algunos se convierten en depredadores.
Venden antídotos falsos, guantes, ungüentos.
Me margino de todo mientras leo y escribo, excepto de la idea de ti.
No tengo noticias: espero que estés a salvo.

¿Cuándo y por qué he escrito estos relatos?
Han estado dormidos por años y ahora que me sobran horas muertas,
los despierto.
Es una faena más: como limpiar los armarios, podar las rosas, pulir
espejos. Resucitar cuentos.
O poemas.

CHUPACORAZONES

Tanto ir y venir de Caracas al litoral para mimar a su único gran tesoro, su pequeño y rudimentario velero, lo dejaban siempre con la extrañeza de no pertenecer a ninguna de las dos geografías.

El velero lo había comprado después de muchos años de ahorro y luego de infinitos pleitos con su mujer –ahora su ex- convencida de mejores destinos para una inversión.

Sin embargo, la voluntad de Darío había prevalecido. Ya no estaba casado, y seguía siendo dueño de su embarcación.

Era pues, un burócrata divorciado y solo, pero patrono invicto del sueño de una huida por el mar mediterráneo como regalo futuro para su retiro.

Entretanto, sus días y sus noches estaban repletos de trabajo y soledad, únicamente acompañado por el hedor de su perro Sultán, nunca más sucio y realengo.

Como funcionario, cumplía las órdenes sin rechistar, seguro como estaba de hacer lo justo en honor a sus convicciones.

Ninguna señal, ningún malestar le perturbaba el alma a la hora de consumar órdenes, diligencias, encargos y demás pormenores de la línea jerárquica.

Nada le regocijaba más que ejecutar a cabalidad. Se sentía útil. Se sentía importante, aunque sólo fuera un eslabón pequeño en la empinada escalinata del poder.

En realidad, lo único que le removía el pecho eran los estragos de su solitud.

Las noches eran lo peor, cuando el silencio y el vacío de su departamento trataban de comérselo vivo. De clavarle los colmillos a su ánima yerma y desangrarla hasta morir.

La insopportable densidad del aire le impedía dormir, aunada al hedor noctámbulo de los pedos de Sultán; entonces comenzaba la procesión de penitente que le atacaba todas las noches.

Levantarse de la cama con sigilo para no despertar al perro, ir a la ventana, encender un cigarrillo, mirar Caracas solitaria e inmunda. Pensar en lo desabrido de su existencia, pero en lo cabal de su oficio. Añorar un milagro (aunque no creyera ni por equivocación en Dios), que transformara su vida y que la convirtiera en un mapa distinto.

Pero Sultán se despertaba casi al instante para reclamar a su amo en el lecho; comenzaba con ladridos tenues y terminaba en un aullido aireado y amoroso hasta que Darío, compelido, volvía como un penitente a las sábanas frescas y a la mirada posada en el techo donde permanecía terca una mancha de humedad reciente y dos zancudos muertos, adheridos como sendas estampillas, a punta de manotazos, a lo irregular del friso.

Regresaba de esta forma a los recuerdos de su vida anterior, esa que ahora le parecía falsa, cuando estaba casado y tenía un hogar. Y en la cocina olía a estofado y a plátanos fritos y Sultán era un perro lustroso y plácido.

Fantaseaba con liquidar aquella añoranza, como cuando extinguía pequeños tropiezos públicos, en el ministerio de la felicidad suprema, cumpliendo sus tareas.

Revivía luego –ya era casi un hábito– la estampa de su ex esposa, el día que no la soportó más y se largó con una maletita.

Entonces le sobrevenía una sensación de sed insaciable y la imagen de sí mismo convertido en vampiro (la única respuesta a su invencible soledad), conquistando hembras y temido infinitamente de puro pavor a su dentadura punzante.

Hasta que al final se dejaba tomar, vencido, por un sueño ligero, casi en la víspera del amanecer.

La penitencia involuntaria se repetía de lunes a viernes, como una rutina más de su calendario. Sólo los fines de semana podía olvidar su íngrimo destino y zarpar en su carrito hacia las costas del litoral, donde lo esperaba fiel el viejo velero.

La primera pista palpable de la dimensión de su infortunio tuvo lugar en la carretera Caracas-La Guaira, la mañana de un sábado de mayo, cuando en medio de un tránsito infernal atisbó una imagen extraña.

Allí estaba, al borde de la otra acera, suspendido entre dos árboles gruesos, una especie de casa colgante hecha de hule transparente, como si fuera el capullo de una crisálida.

Sultán no se percató del espectáculo, dormido como solía ir en cada trayecto en auto, para recuperar las horas de sueño que su amo le esquilmaba involuntariamente.

Pero Darío bien que lo hizo. Fijó sus ojos y su espíritu ante aquella estampa rara y a la vez feliz. Vio emerger del capullo de poliuretano a un hombre viejo; más que viejo, viejísimo, a saber, por la longitud de sus uñas, de su cabello, de sus arrugas.

Parecía casi un ser de otro mundo. Hecho jirones, sucio, desvaído, harapiento, miserable. Pero feliz. Con un sombrerito azul metálico de cotillón carnavalesco.

Se balanceaba en su hogar efímero con la alegría de un niño. Se guarecía del sol del litoral con regocijo, se devoraba un alimento hediondo con jubilosa fruición.

Y allí estaba Darío, con su vida solitaria, repleta por un velero y un pastor alemán; envidiando a un indigente que se mecía dentro de una casa plástica y colgante con la felicidad de un imbécil.

¿Por qué había gente con menos pero más feliz? ¿Por qué había gente con más y también más feliz que él?

Inexplicablemente la ira se apoderó de Darío. Segundos después, Sultán abría los ojos ante un olor, extrañado, inquieto, iracundo.

Por fortuna, la aglomeración de autos comenzó a fluir hasta que el mendigo, su casa blanda y su alegría inaudita quedaron atrás. No así las ganas de Darío de tener unos colmillos enormes para poder clavárselos al mundo; para succionarle la mala sangre a todos aquellos que alguna vez dudaron de sus talentos, comenzando por su ex esposa y terminando por una secretaria insulsa y coqueta del ministerio.

La jornada en el velero transcurrió como de costumbre, con los contratiempos de rigor. Alguna mancha impertinente en la proa. El trabajo de arrear las velas hasta su límite y al final, por fin, hacerse a la mar por un rato y saborear la inmensidad de lo infinito.

El verdadero revés se abalanzó sobre él cuando venía en su cacharro de regreso a Caracas. Esta vez, su carro se detuvo en la cola, al borde de la maleza, justo para poder escrutar de cerca al viejo harapiento de la casa colgante.

Para desgracia de Darío, el hombrecillo seguía allí más feliz que hacía dos días porque estaba acompañado por una mujer de enormes proporciones, que se mecía con él y reía como la más dichosa de los mortales.

A través de la nitidez de la choza podía apreciar a la perfección el rostro esférico de la hembra, decorado por unos bigotitos incipientes, sinónimo del algún malestar metabólico; su cuello inflado y sus extremidades laceradas a más no poder.

Era la novia del pordiosero. Y esa sola idea le provocó a Darío un dolor puntiagudo en el pecho que lo hizo estacionarse en el hombrillo para dejar diluir el impasse que le corría el cuerpo por dentro, y poder llegar a Caracas.

Pero la ráfaga de dagas clavándose en el centro de su corazón no menguó como esperaba; así que como pudo, accionó su teléfono celular y logró convocar, a través de uno de sus hijos -ya casado y lejos de su propia historia familiar- un S.O.S. con coordenadas exactas sobre su localización.

En otras palabras, se vio forzado a describir el lugar exacto de su ubicación, justo al borde del pordiosero y su amante, frente a una casa suspendida en el aire, hecha de plástico para embalar.

Apenas terminó de dar las señas, de nombrar al mendigo feliz y su mujer, y Darío sintió, esta vez con la fuerza de un remolino, que todo su cuerpo, su respiración, su cerebro y su historia se detenían por una eternidad mientras el dolor de una estaca de madera afilada se le clavaba en el pecho como detalle final de su conciencia, en medio de los ladridos estruendosos de Sultán.

No supo más.

Cuando abrió los ojos, estaba acostado en la camilla de un hospital. A su alrededor, un club de médicos de rostros afables aplaudía sin cesar como si todo hubiera sido un simple un acto de magia: Sobrevivir.

O tal vez como si el mismo fuera el protagonista verdadero de un capítulo de “Sala de Emergencias”.

Podía recordar algunos episodios del sueño que había tenido mientras estaba inconsciente. Logró precisar algunas visiones; incluso darles nombre: una calle oscura que se llamaba la Rue Morgue, un hombre que era él mismo y se apodaba Vlado deambulando en las tinieblas de otro tiempo, fuerte y atractivo; una mujer joven y vulgar, Colette, a quien abordó lascivo y mordió con todo su furor. Puede recordar que ella entonces sucumbió de pasión y logró poseerla justo allí, en esa acera que bordeaba un muelle desconocido y sucio y al mismo tiempo familiar, parecido al embarcadero del litoral donde su velero solía pernoctar.

Se enteró después que había tenido un infarto, que había sido operado de emergencia y que hasta su propio jefe había pernoctado en el hospital mientras velaban por su recuperación.

No supo luego si fue gracias a este incidente, o tal vez debido a una condición propia oculta hasta entonces, se le había revelado una verdad casi imposible pero cierta: era un hombre nuevo, se había convertido en un vampiro. (¿O quién sabe si había sido a fuerza de tanto desearlo?).

Lo sabía desde su yo interior por el deseo inusitado de beber sangre, por el odio de estreno hacia su perro Sultán y porque ahora, además de poder dormir como un lirón durante el día, no desdeñaba la vigilia de sus noches previas ni posteriores.

Luego de unos meses de confinamiento y un reposo recetado y obligatorio, ansiaba volver a su oficina, retomar la vida desde su condición novel, y ejecutar algunos pendientes para terminar de reconciliarse con la existencia misma y con el murciélagos que habitaba dentro de él.

Citó a su ex esposa en un café de la ciudad, muy cerca de su departamento. Planeaba mostrársele en toda su dimensión, ahora que se sabía irresistible; quería libarle el corazón y arrobarla como cuando se conocieron treinta años atrás.

Se encontraron a las nueve de la mañana para beber un café y trató de seducirla con sus dientes afilados y su lengua hinchada.

Marisa lo observaba al detalle tratando de escrutar sus nuevas señas. Pero era prácticamente imposible que lograra atinar el secreto.

Sólo percibió, eso sí, que algo en él había cambiado para mejor, y que el rasgo insulso, inseguro, incipiente, que detestó durante toda su vida en común, había desaparecido.

-Te cité aquí para decirte....-

Marisa lo interrumpió en el acto. No quería que fuera más allá. No podía permitirlo ahora que ya estaba curada por completo de su pasado común.

-Tengo una relación con alguien más- dijo ella serenamente. -Nuestros hijos ya están grandes; cada quien ha hecho su vida y me parece justo que ahora yo haga la mía-.

El no deseaba en realidad proponerle un regreso, mucho menos una reconciliación. Ya estaba más allá de cualquier gesto pusilánime. Sólo ansiaba una mínima revancha, que su ex lo viera de nuevo en todo su esplendor. Dejarse ver, exponerse en su nuevo calibre y embelesarla.

-Eso me parece estupendo- contestó Darío con simpleza y sin demasiada sinceridad.

Tal vez Marisa no se había percatado de la auténtica naturaleza de su cambio, sospechó Darío luego de escuchar la siguiente pregunta de ella.

-¿Y cómo está el velero? -quiso saber la mujer con una sonrisita inescrutable.

-No mejor que yo.

Pero por su propia respuesta, el entendió que la cuenta con la que se fue su esposa había quedado saldada.

-Me alegra que ya te sientas tan bien- concluyó Marisa y dio por terminado el encuentro. Tomó su bolso, le sonrió compasiva y se marchó caminando al ritmo de sus caderas como lo hizo siempre.

No había sido una victoria, meditó Darío, pero sí la conclusión de un capítulo de su vida que –antes de convertirse en el hombre nuevo- le martillaba el alma hasta los tuétanos.

Volvió a la oficina, a sus deberes y a sus compañeros de oficio luego de dos meses de reposo y calma. Regresó con nuevos bríos. Se sentía un chupa sangre y debía comenzar a ejercer.

Retornó a las pequeñas peripecias de todos los días. El papeleo cotidiano, las diligencias, y las misiones clandestinas. Con más entusiasmo y mejor puntería que antes. Comenzaba a sentirse dichoso.

Lo único que le desanimaba de esta vida nueva era la presencia de Sultán. Ahora se odiaban.

El perro lo olfateaba cada vez que regresaba a casa, lo observaba con saña y le ladraba como a un enemigo.

Ya no le reclamaba que no durmieran juntos, ya no cuidaba de su amo en las noches de desvelo, yo no adoraba los paseos de ambos en el autito desvencijado y cálido.

Darío, por su parte, ahora repelía el hedor de Sultán, su cabellera reseca y opaca, sus pulgas ancestrales y su actitud de perfecto animal.

Estaba escrito que la relación de amistad, antigua y afectuosa entre hombre y perro, también encontraría su fin.

Una tarde calurosa, el sopor acorraló tanto a Darío, que se decidió. Salieron juntos en su camioneta nueva rumbo al litoral, para dar una vuelta en el velero. A medio camino, en medio del tránsito infame, el hombre tomó a Sultán por sorpresa mientras dormitaba ya más por costumbre que por sueño; lo inmovilizó abrazándole sus cuatro patas con fuerza inusitada, le asestó un golpe seco en la cabeza y lo metió como pudo en la bolsa de ropa sucia que traía con premeditación y alevosía en el puesto vacío del copiloto. Luego abrió la puerta del auto, y lo arrojó al vacío de un precipicio breve, muy cerca del viaducto. No sintió remordimiento, sintió alivio. De ahora en adelante, sus colmillos no tendrían competencia.

Estuvo dos meses alimentándose de la sangre fresca que el carnicero de la esquina le vendía semanalmente, junto con generosos alijos de morcilla sabiamente preparada.

La noche magnánima llegó tres meses después cuando logró que Catalina, la compañerita de labores del Departamento que nunca antes había volteado a verlo, aceptara su invitación al cine.

Catalina era secretaria y tenía en realidad una sola virtud: ser hermosa hasta morir. Y un solo defecto: interesarse sólo por los prospectos en franco ascenso, como Darío.

Se vistió de negro cerrado, se perfumó todas las aristas de su cuerpo para evitar que la joven descubriera el aroma a sangre que lo definía ahora, y partió en su camioneta nueva, entusiasmado por la aventura de la noche.

La luna flotaba en el cielo caraqueño como una moneda de plata. Sosegada, inmune, íntima; a salvo de la ciudad amenazante.

Llegaron juntos al cine, el compró los boletos y casi de inmediato estaban apoltronados en sendas butacas, esperando que las imágenes de la pantalla emergieran al fin.

La historia comenzó a la postre con un personajillo que hacía las veces de un abogado pertinaz, eficiente y lúcido en el trance de defender a un condenado de antemano por el prejuicio.

Mientras la ficción transcurría, Catalina le propinaba a ratos unas miradillas pícaras a Darío. Titilaba incessante sus párpados carnosos y sacudía sus pestañas en un gesto de coquetería casi infantil. Se relamía los labios con lascivia cuando sospechaba que el galán la observaba con fijeza y codicia.

El entendió claramente la señal y se concentró como debía. La miró a los ojos hasta hipnotizarla y justo en la escena en la que el condenado le relataba al leguleyo las desventuras de su vida, Darío logró estamparle un bocado cortés en el cuello de Catalina. Ella le correspondió con un beso excesivamente húmedo y meloso sin darse cuenta de que ya la sangre de su corazón manaba dentro de las fauces de su pretendiente. Darío succionaba como un crío de la teta de la madre.

Era un fluido dulce y ameno, propio de un corazón jaranero y lozano, cuyo sabor se asemejaba más al verde que al rojo carmesí. Pero era plasma al fin.

Cada mililitro del fluido venía acompañado por sentimientos disímiles; miedo, emoción, codicia y añoranza. Cada gota traía la esperanza de una casa, el anhelo de una pinta de estreno y la ambición de una cuenta bancaria para ella sola.

Era sin duda, al paladar de Darío, una sangre confusa pero divertida.

Catalina, por su parte, sintió que su cuello perdía la rigidez de la vigilia y sus ojos se entornaban como en un estado de sopor inesperado. Se entregó al éxtasis del momento, por entero.

De allí a la felatio, mediaron apenas unos cuantos fotogramas. Él se dejó hacer, amparado en la oscuridad de la sala, y Catalina usó toda su sapiencia inmadura en el miembro olvidado del vampiro.

Esa noche, Darío el solitario, tuvo el insomnio más feliz y vigoroso de toda su vida. El murciélagos que revoloteaba dentro de él agitó sus alas miles de veces en señal de contento; tantas y tantas veces, tan y tan velozmente, que se asemejaba más a un colibrí enamorado que a un monstruo tenebroso.

No se imaginó el hombre que el infortunio le acompañaría muy pronto. No se imaginó que la secretaria del ministerio iba a sucumbir –literalmente– a sus encantos, apenas unos días después.

La noticia de la súbita muerte de Catalina causó conmoción en el gabinete. No tanto por la muerte en sí –que siempre termina siendo una sorpresa– sino por su causa: Catalina había muerto de rabia.

Según los corridos de pasillo la pobre mujer había sido víctima –sin saberlo– de la mordedura de un animal desconocido (probablemente una rata infestada) que le había insuflado una rabia tan feroz y fulminante que se la llevó de este mundo como un relámpago.

En el velorio ni siquiera Darío pudo abstenerse de fisgonear el cadáver de la muerta para descubrir la mordedura que según los despachos médicos había fraguado su fin.

Se acercó con cautela hasta el ataúd abierto de par en par, con la esperanza de que Catalina se hubiera convertido, como decía la leyenda, en una muerta viva que muy pronto recuperaría el hálito vital para unírsele en la procesión de una nueva humanidad.

Pero cuando logró verla, transformada en una muerta muerta; sin la más mínima señal de una pronta resurrección; desteñida y hierática, supo que sus esperanzas eran estériles.

Allí estaban, casi imperceptibles, las dos hendiduras mínimas en su cuello terso y pálido, para desgracia de Darío.

-Ser tan bella y tener que morir- se murmuraba entre los afligidos. Y no faltaban familiares y amigos que la lloraran con sincera congoja.

A Darío, en cambio, una sola idea le rondaba en el cerebro, un solo temor le cegaba el alma: la causa del deceso de la secretaria había sido el mal de rabia.

Había leído alguna vez que la enfermedad de la rabia se manifestaba en dos formas disímiles, la muda y la furiosa. La furiosa y la muda. En cualquiera de los dos casos, el diagnóstico le resultaba aterrador.

La conclusión fue tan obvia, tan impudica, que el hombre no pudo ni quiso ocultarse más de sí.

Puso la renuncia irrevocable y decidió partir finalmente en su velero a cualquier rumbo donde pudiera olvidar sus fracasos y sus odios. Hizo maletas, cerró persianas, vendió su auto, recolectó bastimentos y clausuró pendientes. Y se fue rumbo al litoral como siempre, por el camino de siempre; pero también como nunca, decidido como estaba a marcharse en su velero por última vez.

En el trayecto definitivo hacia la costa logró ver a Sultán, bien avenido a la pareja de mendigos de la casa translúcida. Había sobrevivido a su abandono y estaba tan feliz como los vagabundos, tan roñoso y destortalado como sus nuevos amos. (Ese perro de mierda siempre había sabido cómo traicionarlo donde más le dolía).

Partió pues a falta de mejor suerte, con la esperanza de que un escribidor de otro mundo relatara la historia de un vampiro solitario, ex funcionario gubernamental de oficio, vengador de vocación, a bordo de un velero triste por las islas egeas.

Día 36
Lunes 5 abril

Usted.

Me doy cuenta de que estas historias están llenas de un Usted.

Y de otros culpables.

De agua estancada.

Y de almas en el crepúsculo, o en las alcantarillas, muertas de hambre.

Seguimos encerrados.

Tú en tu continente y yo en el mío.

Y los hemisferios no se tocan.

Usted

Usted la quería, pero más que amarla, usted la necesitaba porque ella era joven y rubia y muda. Cuando la vio por primera vez recordó aquel verso de Huidobro “¿Irías a ser muda que Dios te dio esos ojos?”.

Todo lo que resaltaba en su rostro eran unos ojos grandes y verdes como complemento a una fantasía digamos no absolutamente sexual, pero sí muy parecida.

Lo primero fue hablarle de la música. A quién se le ocurre hablarle de la música a una persona que no puede oír. A Usted. Pero ella estuvo encantada con sus gestos y sus manos ostentosas y le escuchaba con el rostro de un venado indefenso y tonto. Y Usted deliró con la sola idea de tener en su cama a una rubia que no hablaba y que era capaz, por ende, de respetar el secreto que a veces se le debe al amor y a alguna que otra fechoría.

Su forma de abrir la boca como si la tuviera congelada por un frío infernal y balbucear sonidos inimaginables, cercanos a un tartamudeo casi orgásmico, entrecortados por un ritmo seco, le parecieron seguramente un valor agregado al atractivo personal de la muda. Profundamente eróticos los lancetazos geométricos y roncos de su boca. Las manos de ella, dedos largos, uñas transparentes y romas, haciendo las señas de rigor, le hicieron imaginar la suavidad del silencio al tacto, la música que hay en el sigilo. Y se decidió.

Porque ella era el silencio. Y cuando usted le hizo la primera propuesta ella le contestó con un baile de palmas, pausado, sin exageraciones. Ella decidió cambiar una clase en la universidad que tanto le aburría, por un almuerzo succulento con Usted.

-Qué te parece si almorzamos mañana?

Digamos que le respondió “sí”, “mañana”, sin decirlo. Apenas colocó su puño menudo y cerrado frente a sus senos y balanceó la muñeca hacia adelante y hacia atrás como quien toca una puerta invisible con los nudillos. –Sí, mañana.

Y se vieron para almorzar.

Nada impidió que usted se regodeara en la mirada verde de ella sobre el plato decorado. No lo impidió el mediodía caluroso de la gran ciudad, ni el bullicio sordo del lugar, ni la transacción sutil que vigilaba en una mesa contigua, ni mucho menos el humo abrumador de su propio tabaco *Partagás*. Como tampoco nada le hizo suponer a ella, todavía, que se estaba adentrando en una historia de amor distinta.

Convencer a una estudiante universitaria de salir a buscar la fortuna en el país de las oportunidades no fue tarea muy difícil. Los Estados Unidos, dos manos blancas con los dedos entrelazados ascendiendo y descendiendo sobre el pecho de ella. Así dibujaba ella la seña de Los Estados Unidos de América.

Por eso lo siguiente fue una expedición de reconocimiento a la ciudad de Miami. Y ella delineó con sus pinceles impalpables la palabra avión y la palabra viaje y saboreó con las palmas de sus manos el relajado vocablo vacación como si pudiera abanicarse con las solas manos el aire mismo.

Con su porte elegante Usted la paseó por los centros comerciales de la ciudad para que se entusiasmara con todo lo que había sido creado para ella: la moda con sus texturas coloridas y osadas, las fragancias y lociones con reminiscencias de aromas del Himalaya y, en fin, todo lo que le estaba dado al resto de sus sentidos útiles.

En un pasillo del Hotel Fontainebleau la besó repentinamente por primera vez. Ella presa del estupor trazó un *no* y un *yo me voy* y tajantemente dispuso su dedo pulgar y su índice en paralelo haciendo el gesto de algo que empequeñece al alejarse. Ella se iba, estaba dicho. Y se fue.

Anduvo por las calles del South West sin tomar partido en el affaire de Elian González, sin afligirse siquiera por el lamentable sacrificio de la cubana ahogada por la libertad de su hijo. Hacía demasiado tiempo que no confiaba en Mikey Mouse. Iba inmersa, eso sí, en la disyuntiva del beneficio y el costo.

Usted, en cambio, la esperó por varias horas en el lobby enorme del hotel con la araña de cristal pendiendo de su cabeza hecha un torbellino de cálculos, de negocios por resolver, de embarques y de tal vez me haya

apresurado un poco, pero es que tanto espacio para el silencio termina por desesperar y estirar el tiempo y de allí que todo parezca más lento.

La muda regresó. Usted había ganado desde antes y lo sabía. Esa noche durmieron Usted y ella en la misma cama como lo saboreaba su mente desde aquel día verde cuando la descubrió.

Entonces sí supo cómo era amar en silencio. Apenas los movimientos musicales de sus manos acariciando el espacio y los contornos de la boca dibujando los sonidos sin pronunciar ni una sola palabra.

Trazar todo en el aire. Los muslos de una libélula sobre otros, el cuello de un cisne erguido y todo blanco y ni un sólo acorde para manchar lo mudo. La nariz de ella abierta, muy abierta, absorbiéndolo todo alrededor, absorbiendo sus olores y sus carnes ya un poco vencidas pero voraces aún. El parpadear lento y cauteloso de todo el cuerpo de ella debajo de Usted y la respiración sucesiva de aquella boca callada y torpe.

Ese cuerpo ya era suyo para lo que usted lo necesitara. Allí dentro fue a parar una de sus colecciones de droga blanca. Allí, dentro del silencio de ella, Usted depositó lentamente su amor y su dinero.

Pero el propósito de todo llegó tardíamente, después del amor.

Repitieron la danza en el Hotel Sonesta; un par de veces en el Hotel Doral; hasta una última vez en un hotelito de autopista llamado Riviera Courts, en el cuarto o quinto viaje.

Cuando llegó el gran día de viajar rumbo a Europa con su equipaje blanco y arriesgado dentro del cuerpo de ella, a Usted la había tomado por sorpresa el amor y a ella la muerte. Porque a la muda se le reventó por dentro un dedil lleno de coca y se estaba muriendo en el más absoluto e impávido silencio sin que usted supiera al menos qué pensaba ella ni qué sentía.

Usted se commovió por amor y pidió ayuda, bomberos, ambulancias y hospitales, para salvarle la vida al venado sordo de ojos verdes. La trajeron de vuelta como se había ido: hermosa y muda. Pudieron salvarla a ella. No a Usted, Señora, porque la muda, al final de todo, hizo con sus manos lo que sabía y habló sin remordimientos.

Día 40
jueves 9 de abril

La pesadilla no se diluye.
Meses, miles de muertos en todas partes.
He visto cómo sacan algunos en bolsas negras de basura.
Yo sobrevivo.
Y tú también, en mis sueños eróticos, profesor.

Soy la alumna obediente.

ALCACHOFA VOLADORA

Una mañana calurosa iba yo al centro de la ciudad, en el metro. A buscar provisiones que como se sabe están escasas y costosas. Y por esas cosas de la gracia de Dios, un comerciante me había ofrecido una donación y entonces me dirigía a recogerla.

Y esta ropa me tenía agobiada. Tanta gente, tanta asfixia que sentía que me iba a dar un vahído, pero, por suerte, alguien se dio cuenta y tuvo misericordia de mí y me cedió su asiento.

Hoy en día nadie cede su asiento en el metro, porque la vida se ha hecho tan dura, pienso, que todos quieren un respiro, un momento en blanco, un descanso fugaz.

Y las gentes se apiñaban como una maraña de gusanos, unos encima de otros, y yo pensaba que el vagón iba a explotar por el exceso de gentes y de poco aire. Y todos adheridos, unos a otros, porque los cuerpos no caben.

Y ocurrió entonces que el hombre que estaba sentado junto a mi tuvo que hacer el amago de arrimarse para que una señora no lo embistiera con su enorme bolso y entonces nos vimos las caras y los libros, porque ambos, aunque usted no lo crea, tratábamos de leer a pesar de las circunstancias que he descrito.

Yo llevaba Memorias de Adriano de Marguerite Yourcenar, y justo cuando repasaba la historia del emperador, topé con la mirada del hombre. Saltaba de mi libro a mis ojos. De mis manos a las líneas de Marguerite. Era un joven, lleno de barba y bigotes y espejuelos. Leía la poesía de Sor Juana Inés de La Cruz de la misma forma en que lo hacía yo con las Memorias de Adriano y por un momento pensé que llevábamos los libros a la inversa y que yo debía estar recitando a Sor Juana y él ha debido llenarse de la abundancia de Adriano.

Cruzamos miradas, porque era una casualidad que los dos leyéramos literatura y estuviéramos uno junto al otro, rozándonos, en aquel submundo bajo tierra, como dos piedras subterráneas en medio de la multitud.

Así que cuando el tren se detuvo en la estación Capitolio, nos dimos una última mirada cómplice, antes de despedirnos sin decir nada, y los dos supimos que era Dios quien nos había puesto en el trance de aquel camino tortuoso pero lleno de historias, como una señal de su presencia.

Pero entonces pasó algo que ninguno de los dos esperaba.

Tres días después.

Era imposible no reconocerlo porque parecía un lobo con toda esa cabellera en el cuerpo y en el rostro.

Nunca había visto un hombre tan velludo en toda mi existencia. Así que ni por un momento dudé de que se tratara del mismo ser de la hora pico del vagón.

Nos encontramos en el pasillo de Humanidades de la universidad. El, de la escuela de arte donde daba clases, y yo enfilada a la escuela de educación donde estudio desde hace tres años. Y cuando nos vimos, nos reconocimos como animalitos perdidos que se reencuentran con la alegría de dos pares, de dos criaturas de la misma especie.

Nos saludamos, ambos coincidimos en que cada quien era cada cual y el mismo de tres días atrás, y de seguida, para celebrar la coincidencia, él me convidió a un café y cruzamos la calle y nos sentamos solos en una mesita rodeada de estudiantes y gentes.

Hago la diferencia porque con mis años de estudio, sé que los estudiantes no pertenecemos a la categoría de las gentes porque vamos mucho más allá con nuestros desvelos y la alegría y la vida que ocurre inesperada cuando aún el futuro es un asunto importante.

Me sentí rara porque no tenía miedo, porque hablábamos de libros y de Sor Juana. Y no tuve reparos en darle mi número teléfono. Y esa misma noche me llamó y me comunicaron la llamada, no sin cierto extrañamiento, y nos saludamos y me propuso vernos nuevamente en el café de la escuela de letras y dije que sí, porque era agradable poder conversar y reír y descansar de los deberes por media hora, como si fuéramos los dueños del tiempo.

Nos volvimos a ver, y era una tarde como todas pero distinta, porque, aunque en aquel momento yo misma me negara a entenderlo, había algo que nos conectaba, a ese hombre loco y lobo y a mí que si no fuera porque mi atuendo es de un blanco blanquísimo, hubiera podido decirse que yo soy casi una caperucita roja, compartiendo el convite de un lobo feroz.

Conversamos de nuestras lecturas, de nuestras carreras, del calor que yo debía sentir a causa de mi vestimenta, de nuestras elecciones de vida. Y entonces, el invitó ambos cafés con la petición de una promesa: ahora que nos habíamos encontrado, no nos dejaríamos nunca más. Ni él a mí, ni yo al pecador que había sido siempre.

Al final, como yo llevaba la camioneta, le di el aventón hasta su casa y antes de apearse me besó, como si fuera lógico, aunque no lo fuera. En la boca.

Juro que no lo esperaba. Las mujeres embarazadas, o ancianas, o lisiadas, o las mujeres como yo, jamás esperan el beso furtivo de un hombre. Así que no sé por cuál estúpida razón lo hizo. A mí, a esta joven que soy, tímida y terca.

Introdujo en mí su lengua, al principio blanda, luego dura. Y sentí cada milímetro de ella en el cielo de mi paladar. Sus papillas y sus quiebres, una geografía húmeda y caliente que se retorcía en mi boca como un pulpo ávido. Y yo me electricé con una ardoría inusitada que nunca había experimentado y que me recorrió de arriba abajo. Se me despertó una araña en mi bajo vientre que comenzó a moverse, a inflamarse y a babear. A tantear mis entrañas con dulzura y al mismo tiempo, con urgencia. Y entonces supe que el mal acababa de tocar mi puerta y que estaba condenada.

No quise verlo más.

Comencé a escabullirme de los pasillos de la universidad, nunca más quise tomar el metro para no encontrármelo. Pero él supo bien dar conmigo y una noche; sí, una noche, apareció en mi habitación.

¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Cómo se había atrevido? ¿Quién era en realidad ese hombre?

Verla cubierta de arriba abajo, leyendo a Yourcenar, se convirtió en mi fetiche. Era tan distinta a todas las mujeres que había amado en mi vida. En esta larguísima vida de 45 años persiguiendo el placer. No exhibía senos voluptuosos. No iba ceñida como las otras, siempre atrapadas por una tela asfixiante. Iba holgada, desprevenida, confiada en su estampa de casi santa sin aureola, con su rostro límpido y sus ojos despreocupados y sin malicia.

No sabía cómo era debajo de toda la tela. Pero una cosa era cierta: no se parecía en nada a las hembras que exudaban deseo a través de sus escotes. Que expelían invitaciones desde sus jeans ajustados, desde sus pies pulidos en tacones inverosímiles.

Esta era una mujer de otro tenor. Uno desconocido. Prohibido para el mundo, pero no para mí.

Necesitaba escuchar sus gemidos. Sus gritos.

Y eso haría.

Y si estaba casada, tanto mejor.

Me gusta contrariar, porque la excitación es magnánima cuando vulnero lo que debe ser.

Tengo una bicicleta desde hace cuatro años, con ella recorro la ciudad y busco. Busco lo que no se me ha perdido. Y mis ojos son como dos puñales, dos cámaras indiscretas que todo lo desnudan.

Perforan, entran, se introducen. Y cuando eso ocurre, no hay marcha atrás. Debo poseer al objeto de mi deseo.

Cuando era niño, espiaba por las rendijas. Hoy, lo hago por todas partes. Hasta en el metro.

Yo regresaba después de cenar a darme una ducha porque el calor por los días de abril era peor que una condena al infierno.

Y apenas entrar, lo encontré desnudo, sentado sobre mi cama austera, como si fuera una fotografía: sin moverse. Solo sus ojos. Solo sus ojos como dientes corrosivos.

Al principio, no supe qué hacer. Se me antojaba salir corriendo despavorida, dar gritos y pedir ayuda. Pero entonces su voz me hizo desistir.

-Ven- me dijo. -No haré nada que tú no quieras.

-Entonces vístete- fui tajante.

Pero me dijo que el calor y sus ropas no se llevaban bien. Y que su cuerpo era demasiado cálido por culpa de la capa peluda que lo cubría.

Toda la situación era absurda. Pero no me atrevía a hacer otra cosa que no fuera mirarlo. Era fuerte, era una escultura con pelos, de piernas torneadas y brazos fornidos. Era un hombre de pies a cabeza. Y en el centro, en el punto medio de su cuerpo, le crecía un árbol.

Un tronco nervado que miraba al cielo como si clamara a Dios.

Una palabra súbita se acurrucó trámposa en mis ideas. Solo evocarla me hizo transpirar mucho más que el calor y despertó a la araña golosa que vivía en mí sin yo saberlo, desde hacía pocos días, desde el día del beso.

Era una palabra como todas, pero tenía un efecto imprevisible en todo mi cuerpo. No me atreví a pronunciarla en voz alta, pero se quedó de todas formas, terca.

Verga.

¿Era posible?

¿Era lógico?

Yo, que en toda mi vida había evitado la vulgaridad, me encontraba atrapada en una única palabra que era el interruptor de mi cuerpo.

Me senté junto a él. Y ninguno de los dos dijo nada más.

Sin quererlo, mi mano autómata caminó hasta esa comisura y comenzó a acariciarla. De arriba abajo. De abajo arriba. Al principio, como a un objeto querido. Luego, como a un enemigo al que se odia y se desea al mismo tiempo.

Sentí cómo y cuánto se tensaba, cuánto de mí se impregnaba con su humedad. Quise besarlo, comérmelo.

Mi araña se ahogaba. Y no pude más.

Lo besé una, tres y diez veces, y no se doblegó.

Toqué con mi lengua húmeda su largura y su capullo postrero.

Entonces el hombre de barba metió su mano bajo mis ropas como si tanteara un camino. Metió sus dedos dentro de mi pasillo y supo que mi pequeño insecto naufragaba.

También él me acarició con cada uno de sus dedos. Uno a uno fueron entrando a saludar, a decir cosas, palabras innombrables, como la que se había acurrucado en mis ideas, como tantas otras que yo no me atrevía a pronunciar.

Pero él sí.

Yo ya no era yo. Era un incendio. Pero con el pequeño recuerdo de mí misma, tuve un instante de luz y me aparté de un brinco. Le rogué que se vistiera, que no me hiciera daño, que no quebrara mis certezas. Que se fuera, en pocas palabras.

Entonces tomó su jean y su franela, se vistió y se fue por donde había llegado: por la noche.

Yo me arrodillé esperando que un rayo venido de Dios me partiera en ese instante, que me quitara la vida para no tener que existir con la culpa.

Pero el rayo no acudió. Peor aún, la culpa del momento había sucumbido ante el deseo que me hizo su presa. Me desvestí tan rápido como pude, quitar todas las capas de una cebolla blanca, una tras otra para dejarme desnuda, para verme, por primera vez en años.

Corrí al baño escueto de mi habitación, rodé una silla y me alcé con ella para poder alcanzar al espejo del lavamanos con todo mi cuerpo. Y allí estaba yo, con mis carnes lozanas, mi ombligo sereno, mi cintura pequeña y mis senos de niña.

Era bonito mi cuerpo, lo era. Y estaba vivo. Seguía vivo, Dios.

Yo frente a mí, deslicé mi propia mano, delicada y torpe, hasta que llegué al mismo punto detenido. Y escarbé. Me toqué. Acaricié varias veces esa otra lengüita secreta, tierna y rosada.

Y una corriente submarina que sobrevino como una hecatombe, me succionó.

No supe más. Creo que morí. Morí.

Yo aquí, tirado en mi cama, puedo imaginar los minutos que siguieron. No tengo pruebas, pero en mi película, la de mi imaginación, ella retoma la faena, curiosa, y se descubre, desnuda y completa, como si acabara de nacer.

A veces, las imágenes me asaltan y me toman y entonces yo confecciono la película a mi gusto, por puro ocio. Por el placer del placer.

No es algo nuevo.

Es mi vocación. Hacer películas.

De eso vivo, de imaginar imágenes, sueños, deseos, emociones, estampas.

Cuando era niño, me cautivaba la desnudez. Repasaba las imágenes de los libros con fotografías de antiguas obras de arte en las que podía ver senos, montes de venus, pies.

Clásicos de la plástica mundial. Aunque solo fueran apéndices de mi propio deseo.

Luego vino el estudio, y el cine. Y todo lo demás.

Ahora planeo un proyecto nuevo inspirado en la monja de Monza. Y sé que será una gran película. Trabajo en ello.

Será el súmmum del cine porno, la “Mónaca di Monza” y yo, pero bajo el fragor del trópico. Monza tropikal.

De ella me abstendré, para que su deseo explote.

Han pasado algunos días y no lo he visto más. Ni en los pasillos de la facultad, ni en los corredores de la escuela de arte.

Y yo, que Dios me perdone, no puedo dejar de pensarla.

Lo añoro. Sus manos, su beso, ese único beso que me devolvió a la vida como cuando el príncipe besa a Blancanieves.

Mis faenas diarias continúan, pero ya mi cabeza está en otra parte.

Voy con la camioneta a pescar víveres para el convento. Voy a todas las misas religiosamente. Me confieso, pero no tanto. Oramos juntas todas las tardes. Lavo, friego y a veces hasta ayudo a vestirse a la hermana Antonia, impedida como está por esa artritis galopante que casi no la deja vivir.

Cuando estoy con ella, cuando la ayudo a calzarse el hábito, me quedo viendo su cuerpo deformado, sus manos torpes e inútiles. Sus dedos doblados como plantas truncas, peor aún, como flores disecadas.

La hermana Antonia va a morir, pienso. Y nunca habrá usado sus dedos para tocarse. Nunca habrá sentido lo que he sentido yo.

Y nunca sabrá lo que yo he de saber, porque lo he de saber: el hombre lobo adentro. Muy adentro.

Cuando lo encuentre, claro. Cuando lo encuentre de nuevo.

¿Por qué ha desaparecido?

¿No sabe él que muero?

Más aún ¿No sabe él que quiero morir otra vez de placer y que de no hacerlo moriré de no morir, como Teresa?

“Y si me gozo Señor
con esperanza de verte
en ver que puedo perderte
se me dobla mi dolor
Viviendo en tanto pavor
y esperando como espero
Muérome porque no muero”

Cinco días. El tiempo justo para no morirme, para no congelarme, para seguir añorando el nuevo mundo.

Volví a verlo cinco días después, sentado en el café, como si me esperara. Quise correr a su encuentro, pero me contuve para no parecer demasiado ansiosa. Por un momento me quedé pensando que ya no actuaba como una monja, me conducía como una mujer en celo, calculando tácticas, disimulando antojos.

Me vio venir y entonces me sonrió.

Yo no podía sospechar que era una ausencia calculada. Yo no podía sospechar que los demonios ya se habían desatado. Pero sus días de ausencia, como era de esperarse, habían inflado mis ganas.

Ni siquiera me había telefoneado como la primera vez. Ni siquiera su voz. Ni siquiera un celaje en algún pasillo de la universidad.

¿Por qué el silencio? ¿Sentía él más culpa que yo?

Caminé hasta él, lo saludé como si fuéramos aún los dos desconocidos que habíamos sido, y tomé asiento en su pequeña mesa.

No parecía tan ansioso como yo. O tal vez disimulaba, llegué a pensar.

Me sentí estúpida, burlada, enamorada. Ya no de Dios, sino de aquel hombre peludo, fogoso, atrevido y huidizo.

Sólo me quedaba el suicidio para paliar mi vergüenza. Pero no mi culpa. Cómo has estado, me preguntó.

Y me escuché respondiéndole como cualquier mujer.

-Extrañándote.

Y justo cuando pretendía seguir con un discurso airado de ausencias, mutismos y sandeces, apareció una estudiante con una carpeta. Iba muy mona de falda y pullover, con una carterita color fresa. Se le acercó, no reparó en mí que a decir verdad soy casi invisible de tanta blancura, abrió su portafolio, le mostró una imagen y le pidió consejo.

-Usted me dirá qué hago, profesor.

-A la salida de clases- le respondió él.

Y se fue, la chica, como había llegado. Defraudada, como queriendo comérselo vivo, pero contenida por las circunstancias.

Cuando estuvimos solos de nuevo, me habló.

Tú estás casada.

Lo estaba. Estaba casada con Dios desde hacía cinco años. Pero había descubierto, apenas hacía días, que Dios no podía darme lo que el hombre sí.

Dios no podía saciarme como él, no podía tocarme como él.

Dios rozaba mi alma, a veces. Pero mi cuerpo jamás.

Por eso le contesté que El Señor no era celoso, que era como un marido eunuco y que, por tanto, al hambre profana había que saciarla de la forma más primaria, para que la fe reinara sin distracciones.

Se rio a carcajadas. No sé si compartía ese loco razonamiento producto de mi desesperación. Pero se rio mucho. Con sus dientes, con su lengua viva.

Yo, que ya había conocido la delicia de su lengua inquieta, sabía que estaba viva, que su lengua pensaba, que era maliciosa y perseverante, que no acataba órdenes y se infiltraba a su cuenta y riesgo.

Lo observé en la carcajada como si yo misma pudiera brincar e introducirme dentro de su boca, nadar allí, estarme allí, en un orgasmo eterno.

Mis pensamientos, a estas alturas, ya no eran míos. Eran las ideas de Lucifer.

Y me invitó al cine.

Quienes saben que las imágenes son mi talón de Aquiles, disfrutan haciéndome sufrir.

Esta tarde, una de mis estudiantes ha tratado de tentarme. Ha venido hasta mí con su portafolio de la asignatura. Lo ha desplegado ante mis ojos para mostrarme su imagen: un cuerpo joven y voluptuoso, desnudo y abierto.

Así, simple: ella abierta y buscando un reencuentro súbito para saciar su apetito. Al pie de la foto había escrito una leyenda simple, decía: “no tengo pantaletas”.

Por fortuna, sólo lo he visto yo. Yo que en aquel preciso momento comparto mesa con una monja que ha jurado ser célibe y que no conoce los vericuetos del amor. Yo, que suspiro en estos días por esa religiosa vehemente. Una beata que entreno, que doblego para mí.

Fuimos al cine. Fue un caballero. Un caballero con una abadesa. Vimos la película. Pero yo no pude mirarla, porque mi cabeza ya era un maremágnus de ideas, de preguntas, de deseo.

¿Por qué el hambre nace en el pensamiento? ¿Por qué en el mío?

Comimos golosinas. Respiramos uno junto al otro, como en el metro. Y no pasó nada más.

Al día siguiente fui al mercado y me detuve a recordar a mi madre cuando cocinaba para todos. Eran alcachofas. Mi recuerdo se concentra en esas capas de un solo centro porque así me siento. Como una mujer hecha de

pétalos cuya verdadera índole sólo aparece al final cuando ya se ha retirado la apariencia, la ropa, el pudor, la simulación, y todo lo demás.

Cebolla, no. Alcachofa. Alcachofa.

Las manos de mamá deshojándolas para llegar a un solo centro, monolítico, allí donde radica la verdad. Y descubrir que aún hay más, hay un corazón sensible.

Yo tengo un corazón mullido. Y si me deshojo, ahora lo sé, puedo llegar a mi verdadera índole. Y solo allí, donde está mi corazón, hay un centro peludo.

Compro kilos de alcachofas. Me van a regañar porque son tiempos austeros y no alcanza para alcachofas. Pero no me importa porque ya nada importa. Yo recuerdo las manos y las hojas. Como si fuera yo.

Luego paso a confesarme e inevitablemente tengo que decir la verdad. El padre me escucha con paciencia y solemnidad sepulcrales, y me condena a miles de padres nuestros y avemarías.

Incluso me sugiere un poco de martirio para exorcizar a los levianos que han comenzado a habitarme.

Y se queda muy preocupado, me dice. Yo lo tranquilizo entre lágrimas y le prometo no fallarle ni a él ni al altísimo en los tiempos que vendrán. Aunque los dos supiéramos de antemano que yo ya estoy condenada.

Me lo juré a mí misma, con el alma, cuando salí a la calle. Me lo juré con la firme convicción de que remendaría mi abismo. Pero estaba visto que yo era mucho más lábil que mis férreas promesas.

Esa noche, cuando volvía de la última misa a mi habitación, urgida por una ducha de agua fría que calmara el vicio y la voracidad, él me estaba esperando de nuevo sobre mi cama. Vestido.

Y entonces yo, sin pensarlo ni siquiera un segundo, me quité toda la ropa con la urgencia del amor, me quité las capas de la devoción y le mostré lo que ya yo había descubierto días atrás frente al pequeño espejo del baño: que mi cuerpo era una página limpia, apetecible, mi cuerpo delgado y

tierno, y que al final de todo, también había un corazón de alcachofa suave y ávido.

Me miró de arriba abajo con calma. Hizo un tilt up y un tilt down –me diría más tarde en su idioma del cine-. Con la misma serenidad que antecede a las tormentas. Y fue auscultando mis resquicios, sólo con la mirada, uno a uno.

Mis pies de dedos frágiles y blancos, alineados en una formación perfecta. Mis pantorrillas juveniles, mis mulkos discretos y firmes, y en el centro, ese lugar insonable que espera lo que desde hace años le pertenece; mis senos pequeños y redondos y sus picos apuntando como dos flechas tercas.

No dijo nada, no habló.

Apenas lo escuché respirar. Primero suavemente y luego, cada vez más acelerado, como una locomotora que se enciende y marcha hasta que alcanza su velocidad plena.

Se acercó a mí, me susurró al oído cosas que no pude entender, y su aliento me penetró hasta lo hondo.

Comprendí, por primera vez en mi vida, que la respiración es el verdadero lenguaje del amor.

Pero cuando iba a rogarle que me tuviera, por fin, de afuera hacia adentro, cuando iba a decirle que lo recibía, alguien tocó la puerta de mi habitación, así que me sumergí en la pijama de nuevo para no despertar suposiciones ciertas, y me sentí como un ángel con la batola blanca, mi pelo suelto y mi cara de niña, como en los retablos renacentistas llenos de querubines rosados y arcángeles con alas aterciopeladas; y abrí.

La hermana Antonia, siempre Antonia y su artritis y su imposibilidad y su estampa seca como un jardín marchito.

Venía como casi siempre a que la auxiliara para quitarse los hábitos y entumirse en su camisón.

Mi hombre lobo, mi profesor de todas las asignaturas, se escabulló debajo de la cama mientras yo completaba la faena.

Y yo despojando a Antonia recordé mi vecindario de infancia. Recordé a mamá deshojando una alcachofa hasta llegar al corazón de terciopelo.

Y él, allá abajo, también piensa en una alcachofa porque a estas alturas, creo que los dos imaginamos lo mismo.

Y entonces, la hermana Antonia se va en su camisón suelto y raído como ella, y yo que no espero y me deslizo debajo de la cama como si se me hubiera perdido mi estampita de la virgen.

Y ya estamos los dos allí abajo, en la oscuridad de un bache y le pido que por fin acuda y él que me dice que es allí donde quiere estar, hundido en mi regazo, clavado en mi centro.

Y entonces, por fin, ocurre el milagro y él, con su falo denso y empinado, sin demasiado preámbulo porque se hace tarde para todo, decide venir como un caballo brioso y me embiste, hasta el fondo, y mi pubis lo acaricia mientras él va y viene y su aliento se clava en mi oreja derecha al mismo ritmo que su vaivén amoroso y desenfrenado y me dice que siente las cosquillas de mi vello cariñoso, que no es de loba sino de alcachofa, que lo frota cuando va y va y viene, y que siente el agua que gotea desde el adentro y el sudor que los dos intercambiamos en ese espacio pequeño y oscuro que es el intersticio entre la cama y el piso, que es también como yo misma dentro de mi cavidad.

Yo grito bajito, muy bajito porque las noches, en el convento, son muy calladas y me desboco un poco, por segundos, cuando siento que toda yo succiono y porque mi adentro parpadea como un ojo y lo atrapa a él que también gime y cierra los ojos y los abre y me mira porque no entiende mi voracidad inesperada y entonces me lame como si fueran manjares las dos flechas de mis pezones, endurecidos y rosados, encarnados, enconados, y embute uno en su boca golosa porque quiere abarcarlo todo y allí dentro se regodea con su lengua en mi redondez inmaculada mientras sigue perforando, excavando más abajo, y yo no puedo más de placer, cierro los ojos y muero en ese instante.

Morí.

Cuando despierto estoy mareada, recuerdo poco.

Él me mira con sus ojos incisivos, conmovido.

Yo lo veo sin saber muy bien qué miro, pero entendiendo bien que yo ya no soy yo.

Me compadezco de la otra que fui, la recuerdo con lástima porque ella no volverá jamás, nos hemos perdido la una a la otra. Tal vez yo misma tampoco regrese.

Siento que algo ha cambiado. Siento que mi cuerpo virginal y vaginal transmuta y me deslizo rápidamente desde debajo de la cama y salgo para poder apreciar a plenitud esto que me pasa y que no sé explicar.

Entonces corro hasta el baño, halo la silla y me encaramo para poder verme en el espejo, ese espejo pequeño que no alcanza para mucho pero que me sirve para darme cuenta de que me están creciendo unas alas de ángel idénticas a las de las litografías de las anunciaciones que decoran el despacho de la madre superiora y entiendo que me estoy convirtiendo en ángel.

Una capa muy suave de pelusilla blanca emerge de mis poros, la misma del corazón de alcachofas, y me nacen dos alas del par de apéndices de mi torso desnudo, que rápidamente se cubren también del vellito albo y filoso del resto del cuerpo.

Él me mira incrédulo y le pregunto si ve acaso lo mismo que yo.

Me responde que sí, y se coloca nuevamente sus lentes de pasta para corroborar lo que acaba de decirme. Me inspecciona de arriba a abajo, ya no con el deseo, que ha sido saciado largamente; sino con la curiosidad de un extraviado.

Y crecen más las alas, tanto más, que ya me cuesta mantener el equilibrio en mis dos pequeños pies de dedos perfectos, blancos y alineados.

Hago memoria y no recuerdo a ningún ángel mujer. Hay ángeles –los más próximos al hombre; hay arcángeles mensajeros; querubines puros; y serafines, que son los más cercanos a Dios. Pero a ninguno de ellos se le ha pintado jamás con figura de mujer. Los santorales tienen ese problema, las hembras solemos casi siempre quedarnos fuera.

Pero aquí estoy yo, en esta habitación frugal, y me veo y soy un ángel, sin duda.

Y entonces él, que nunca ha hecho el amor con un ángel, me propone una repetición y me asegura que después podré volar.

Y yo le creo porque hasta ahora no se ha equivocado en nada el hombre lobo y porque me ha descubierto a un ser íntimo que desconocía hasta que me topé con él en el metro y conversamos de los libros de una santa y de un profano.

Y en el altillo, en el balcón de mi habitación, ese por donde él se ha colado ya dos veces, volvemos a amarnos pero de pie, y yo contra una baranda de hierro forjado, vetusta y llena del polvo de los días, lo acepto de nuevo y regresa con el mismo ímpetu de hace minutos, porque le gusta que yo sea una ángela alada y húmeda y suave.

Y en el momento en que repito esa emoción, en el preciso instante en que viene a mí sin gran preámbulo, y lo inundo, y lo succiono a punta de latidos regulares y constantes, siento que puedo tragármelo. Y entonces, yo que vuelvo a morir de placer, de verdad, y que salgo volando por el cielo de Caracas, esta noche, y desaparezco en el firmamento y detrás del Ávila, como si yo nunca hubiera existido.

Me voy volando, en medio de la oscuridad, y el viento nocturno me refresca el rostro y el cuerpo y la batola y las alas blandas de hebras blandas.

Tan suave, tan acompañado mi vuelo. Me deslizo en el firmamento como una nube fugaz, y un niño desobediente e insomne, desde un edificio cercano, me mira alejarme, a través de su ventana, y duda; y cuando acredita su visión, comienza a gritar llamando a su madre.

Y las hermanas se preocupan y vienen corriendo a mi habitación a ver qué ocurre porque muy cerca un crío llora y una ventana bate con el viento, y mi cama rueda y tantos ruidos en una sola noche no son usuales. Y mi pobre profesor no tiene más remedio que tomar su jean y su franela, y calzarse nada más, para escapar a pie desde el balcón hasta la acera y salir corriendo lleno de pavor y poco entendimiento.

Desde esa noche hay una hermana menos.

Desde esa noche mi desaparición es un misterio.

Desde esa noche no se comieron más alcachofas en el convento.

Y las monjitas entran a mi cuarto y descubren poca cosa: que no estoy, que hay algunos velllos rubios esparcidos sobre mi cama; que hay también plumas como las de mi almohada regadas en el piso, que me he dejado olvidada una pantaleta en el baño, sobre una silla que se asienta frente al espejo del lavamanos.

Que se la han llevado, dicen

Que se la han robado, gimen

Y entonces oran y lloran y buscan. Pero no hay ruego que valga porque no estoy.

Y no estoy tampoco para explicarles porque tampoco hay explicación.

Los misterios suelen ser así. Deben ser así, no tienen respuesta lógica. Por eso son misterios. Y el mío es tan simple como tantos otros.

Del profesor he sabido los últimos tiempos. Y puedo decir que se ha recuperado bien del episodio.

Ha seguido con su cátedra en la escuela de artes de la universidad; ha filmado clandestinamente sus fantasías. Y hace sus pininos en el mercado del porno. Incluso, tiene dos cortometrajes que ya son de culto.

En uno de ellos, un profesor y su alumna protagonizan una historia prohibida de amor, de deberes bien hechos, medias hasta las rodillas y tareas en el pizarrón.

En el segundo y más exitoso, un hombre muy alto y peludo le hace el amor a una novicia rebelde que se transforma en novicia voladora y desaparece para siempre, y lo único que se sabe de ella, quién sabe si es leyenda urbana o verdad, es que la santa se camufla por las noches en un lupanar de las costas del litoral en donde de buena gana recibe a jóvenes mancebos que nada saben de la pasión, y los inicia en las artes del buen amor, del entendimiento, y del vuelo.

Día 44

Lunes 13 de abril

De todos modos
siempre he sabido aislarme y callar
durante semanas. Practico esta manía de escribirlo todo en clausura casi
monacal desde hace años.

La cuarentena no ha terminado. Y tampoco tiene fecha de vencimiento.

Me dicen que murió una vieja vecina de toda la vida. Era mi costurera.

Creo que nunca más ni tú ni yo podremos salir de casa a encontrarnos.
Esto parece no tener fin.

Los optimistas están en el cementerio.

Los pesimistas lloramos o escribimos. O ambas.

La Señora Lloret

Pronunciaba unas eles gordas y redondeadas y a mí me parecía que le salían desde los carrillos. No había perdido su hablar catalán a pesar de sus años en Venezuela. El marido, también mallorquín, siempre estaba en una mecedora, cerveza en mano, en guardacamisa y pantalones holgados a cuadros, viendo la televisión, que para entonces aún era un mamotreto en blanco y negro.

No volteaba a otearnos ni siquiera por curiosidad. Le éramos invisibles. En ocasiones, aunque teníamos cita, la señora Lloret nos posponía porque su esposo, decía, había amanecido de mal humor. Íbamos casi siempre después de la salida del colegio; yo era tan delgada que había que ajustarme todo: desde el uniforme mismo, hasta pantalones, faldas, vestidos.

-Date la vuelta- me decía para tomarme la medida.

Y la L de la palabra vuelta era un círculo, una papa, un caramelo en su boca.

Era poco diestra, la señora Lloret. Pero por una razón para mí desconocida, mi madre insistía en llevarle trabajo a aquella señora mayor, de pelo teñido de negro insondable y flequillo abombado a lo Cristóbal Colón, a la que le brotaban las canas rebeldes desde la coronilla de la cabeza. Como si un cenicero ceniciente, nunca más literal ni redundante, le naciera en la mollera como la tonsura de un clérigo.

Miraba con sus ojos extrañamente redondos y grises, cual búho viejo, y ensartaba los alfileres con sumo cuidado donde correspondía para rebajarle a mis prendas al menos dos tallas. Desde su muñequera coronada por una almohadilla colmada de agujas, los imperdibles pasaban a su boca apretada y de allí a mi cintura crónica y a mi delgadez sin enmienda.

Pero nunca, nunca, el trabajo le quedaba bien. Era “marruñeca”. Esa era la palabra singular que usaba mi mamá para describirla. Sin embargo, volvíamos. A veces, la señora Lloret nos recibía con lentes oscuros porque se le cansaba la vista de tanto coser, me explicaba mamá. Otras, nos cancelaba por malestares diversos, y ese era el momento en el

que yo le rogaba a mi madre que buscáramos a otra costurera que remendara por donde estaban los alfileres y no por la carretera sinuosa e invisible por la que siempre transitaba sobre mi ropa la señora Lloret. Al fin un día no volvimos más. Y tuvimos, por el bien de mi coquetería incipiente, una sustituta mejor dotada y más joven que me calibró de inmediato el gusto y el cuerpito caraqueño.

No fuimos nunca más a aquel apartamento modesto en Las Palmas, oscuro y lleno de figurillas tristes y desvaídas de Lladró, porque a la señora Lloret -lo supe luego, quizás diez años después- el marido la había matado de una golpiza por última vez. Como era su costumbre.

Día 45

Martes 14 de mayo

Tengo un poco de miedo.

No sé de ti. Espero que sigas vivo, allá en tu península.

¿Por qué no me escribes?

¿Por qué no me llamas?

Quietud

Esta inacción

Esta quietud

Este bostezo

Este barco encallado

Tulipán Negro

En esencia, es una araña menuda aquella que me escudriña desde hace dos días en el fondo del inodoro. No puedo decir cuándo me descubrió ella a mí; pero yo, a ella, la intuí desde el principio. Tuve la sensación de que estaba siendo observada desde un ángulo de mira al que mis ojos no podían llegar. Y allí estaba ella. Sola y muda, apostada bajo el aro del sanitario, confundiéndose con mi túnel pelviano, queriendo ser parte de la floresta oscura que soy, con sus patas como dedos diestros.

Cuando tuve la certeza de que ella estaba allí, sentí culpa la primera vez que bajé la llave. Vi su cuerpo incipiente y opaco tratando de aferrarse a las paredes blancas para no huir junto al remolino violento del agua en fuga.

Me detuve arrodillada y desnuda sobre el artefacto para comprobar la testarudez de la araña que me observaba, su lucha intensa por sobrevivir. La vi lograrlo.

La siguiente vez, entré al recinto con cierto resquemor, deseaba no encontrarla para no tener que ejecutar lo que se espera en estos casos. Ella estaba allí, en su lugar de costumbre, aferrada a la cerámica límpida, esperando. No pude contener por mucho tiempo la necesidad de desahogo de mis esfínteres así que escapé hacia un segundo lavabo. Ciertamente pude orinar en calma y desaguar la fuente sin remordimientos.

¿No había más lugares acaso en esta casa para camuflarse del miedo? ¿Por qué justamente allí donde yo pernoctaba una vez y otra durante el día y durante la noche para devolver al agua todos los fluidos de mi cuerpo?

Era como si la araña, en un arranque tenaz de instinto invasor, quisiera penetrarme como quien se adentra en el laberinto de un tulipán, solo, en medio de la oscuridad. Me amaba tal vez. Y ahora yo a ella.

Era sutil, delicada. Movía sus patas al verme; al ver mi interior comenzaba gradualmente su camino empinado no sin causar el enorme y confuso estupor de mi bajo vientre. Atisbaba lentamente y con sus manos escuetas hasta dónde podía llegar.

Con maestría rozaba tenue la lengüeta de mi goce, la restregaba con sus múltiples falanges, la zarandeaba como en una danza, al compás de una

música imaginaria, hasta que dentro de mí se producía una corriente arrolladora. Un delirio de pies a cabeza. El éxtasis del fin.

Decidí no cambiar de sala de baño. Ella cambiaría de refugio, como suelen hacer los insectos ante el temor del otro ser más grande. Pero no lo hizo.

Pasaba horas en el retrete, esperando un cambio de rumbo. Si hubiera conservado la calma tal vez habría anidado un hijo de araña buena en mi vientre, porque ella no se daba por vencida y continuaba su ascenso hasta la herida rosada; pero no fue así. Ultrajada por su tozuda insistencia, avergonzada de mí misma, recuerdo que una noche accioné la pluma del bajante con una ira que no pude contener a pesar de verla indefensa.

Era terca, demasiado terca para mi paciencia. El agua reaccionó de la misma forma que mi mano: se hizo huracán violento por entre las profundidades de la taza y estuvo a punto de arrastrarla hasta el infinito, hasta la nada que queda más allá del agujero. Se sostuvo como un naufrago, se aferró a su esperanza y a todo lo que estuvo a su alcance para conservar el sueño.

Fue en ese momento, cinco días después del descubrimiento, que decidí no dejarla morir, aunque fuera en contra de mi propia voluntad. Quería más.

La salvé.

Al día siguiente penetré a nuestro lugar de encuentro secreto, sintiéndome como una nueva redentora. La dejaría vivir los días de su vida a pesar de la osadía de sus rumbos. Seríamos hermanas del miedo y no estaríamos solas. Me equivocaba.

Esta vez, la araña menuda yacía sobre las lajas frías del baño, bocarriba, patas arriba, muerta sin explicaciones.

Entendí, desde aquel entonces, que mi voluntad en nada cambiaba el escenario de la vida, del amor ni de la muerte.

Día 47

Jueves 16 de mayo

He juntado lo de siempre: la belleza y la parca.
Termino por fin de darle sentido a estos meses sin lógica
con una recopilación que llamaré “Usted”.
La gente afuera no se acopla todavía a la vida del asedio voluntario.
Lo sobrevivimos solo los afortunados.

Pero la vida aún no resucita. Y no sé de ti.
Me siento incapaz de resistir mucho más de esta manera.
No quiero hacer nada, solo dormir días enteros para no pensar.

Día 50

Domingo 19 de mayo

Es día feriado aquí.
Estás vivo. Respiras. Allá, pero cerca. Tus noticias me sustraen del
desmayo de mi cama.
Yo volvería a traicionar mi vida ordenada solo por ti. Sería mala de
nuevo si tu volvieras cuando la peste se extinga.
Ya hasta estoy escribiendo poemas de niñas enamoradas mientras
llega el fin.

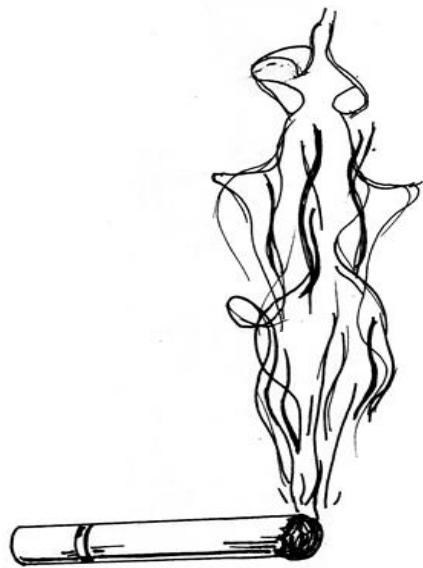
Olas

Mías las algas y
su serpenteo.

Tormenta de mar lejano
sobre tu orilla
encrespada.

HOGUERA

Le vendaron los ojos justo antes de atarla. No lograba imaginar qué sentiría exactamente al final de aquel martirio, aunque pudiera intuirlo. De allí que le temblaran las carnes desnudas: lo impredecible siempre la transportaba al miedo. Estaba condenada al infierno por sus malas artes y su trato con las ánimas de los muertos. Por embrujar hombres felices. Por ser como un clavel en la nieve. Por seducir con vísceras animales, con ungüentos, con sangre fresca. Maldecida. Sentenciada a la flama eterna que ya comienza a vulnerar sus pies rosados, sus rodillas rotundas. Sus pechos frescos expelen las llamaradas más letales. Rápidamente, el vaho caliente y el humo le incineran también los pulmones, la garganta, el ombligo y la mirada. Todo se quema. Todo arde, incluso un cigarrillo que él insiste en apagar con prisa, pero sin éxito, dentro del cenicero. Aunque parezca imposible, él se incendia mucho más que ella, mucho más que el cigarro que se resiste, mucho más que la estaca de madera de una hoguera ficticia. La espera suele obrar esos efectos, la herejía también. Solo la cama es una excepción inmaculada. Esa cama que parece inmaculada, y que en breve nos contendrá.



**Día: he perdido la cuenta
Sábado 8 de diciembre**

Creo que he podido armar un libro, es una cobija de los retazos de mí.
Y me entero de que planeas regresar.
Te esperaría gustosa y agradecida por haberme llenado la vida de vida
todos estos meses, durante el asedio del miedo.
Si no fueras una ficción.
Tú también.
Usted.

Vincent

Tengo tu oreja de plata
como recuerdo
contrariado de un duelo
amoroso.
La guardo todas las noches
en un cofre congelado
del refrigerador.
Le hablo y me ignora
con la misma displicencia
con la que brillan las noches
estrelladas.

ÍNDICE

- Día 1. Sábado 29 de febrero/**7**
Muela/**8**
Día 8. Domingo 8 de marzo/**14**
Día 20. Viernes 20 de marzo/**15**
Escucha/**16**
Día 25. Miércoles 25 de marzo/**26**
En el nombre del padre/**27**
Día 28. Sábado 28 de marzo/**36**
Caja de muñecas/**37**
Día 33. Sábado 2 de abril/**39**
Chupacorazones/**40**
Día 36. Lunes 5 abril/**50**
Usted/**51**
Día 40. Jueves 9 de abril/**54**
Alcachofa voladora/**55**
Día 44. Lunes 13 de abril/**72**
La Señora Lloret/**73**
Día 45. Martes 14 de mayo/**75**
Tulipán Negro/**76**
Día 47. Jueves 16 de mayo/**78**
Día 50. Domingo 19 de mayo/**78**
Hoguera/**79**
Día: he perdido la cuenta. Sábado 8 de diciembre/**80**

Sonia Chocrón

Caracas, Venezuela, 1961.

Poeta, narradora y guionista. En 1982 ingresa por concurso a los talleres literarios del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos. En 1988 la invitan a participar en el Taller «El argumento de ficción» de Gabriel García Márquez, en la Escuela de Cine de San Antonio de los Baños, Cuba. De allí, viaja a México invitada por el Premio Nobel para fundar el «Escritorio Cinematográfico Gabriel García Márquez». Ha publicado los poemarios *Hermana pequeña* (Editorial Eclepsidra, 2020), *Bruxa* (Ediciones Kalathos, España, 2019), *Mary Poppins y otros poemas* (Lugar Común, 2015), *Poesía Re-unida* (Bid & co. editor, 2010), *Fe de errantes. 17 poetas del mundo* (Otero Ediciones, 2006), *La buena hora* (Monte Ávila Editores, 2002), *Púrpura* (La Liebre Libre, 1998), *Toledana* (Monte Ávila Editores, 1992); las novelas *La dama oscura* (Editorial Bruguera, 2014), *Sábanas negras* (Editorial Bruguera, 2013) y *Las mujeres de Houdini* (Editorial Bruguera, 2012); los libros de cuentos *La virgin del baño turco y otros cuentos falaces* (Ediciones B, 2008) y *Falsas apariencias* (Editorial Alfaguara, 2004). Su trabajo, tanto literario como cinematográfico y televisivo, le ha merecido premios y reconocimientos. Aparece en antologías en diversos idiomas y de distintos países del mundo. Publicada en revistas académicas especializadas en literatura.

NARRATIVA BREVE
COLECCIÓN Comarca Mínima

- Su vida* /Victoria de Stefano
Homenaje a la estrella /Elisa Lerner
El vals de Amoreira/Juan Carlos Méndez Guédez
Retablo de plegarias/Fedosy Santaella
A medianoche/ Rony Vásquez Guevara
Mahmud Darwish anda en metro /Miguel Antonio Guevara
El perro estar/Carolina Lozada
El arquero dormido/Ednodio Quintero
Muerte del filósofo chino y otros textos insomnes /Piero de Vicari
Las malas decisiones /Jesús Ovallos
Los Villa/Jorge Iván Jaramillo Hincapié
Diversidad(es). Minificciones alternas/varios autores
Miniaturas voraces/Alberto Sánchez Argüello
El ojo de la mosca y más retratos familiares /Alberto Hernández
Cava de minificciones/ José Manuel Ortiz Soto
Maletín de pequeños objetos/Arnaldo Jiménez
Ciudad en ciudades (Ejercicios narrativos) /José Balza
Escribir es la respuesta/ Andrés Mauricio Muñoz
Fotomontajes mínimos/Roberto Echeto
Usted/ Sonia Chocrón



COLECCIÓN *Comarca Mínima*